

# EL COLEGIO DE MÉXICO

---

*boletín 24 editorial*

---



**Centenario de  
Alfonso Reyes**

---

C.E.  
378.7205  
M611b0  
1989  
No. 24

marzo-abril de 1989  
Departamento de Publicaciones

Alfonso Reyes	<i>Categorías de la lectura</i>	3
Artemio de Valle-Arizpe	<i>Alfonso Reyes íntimo</i>	7
José Vasconcelos	<i>Carta a Alfonso Reyes</i>	12
Alfonso Reyes	<i>Adiós a José Vasconcelos</i>	13
Daniel Cosío Villegas	<i>Nuestra opinión sobre Alfonso Reyes</i>	14
Alfonso Reyes	<i>Salutación al PEN Club de México</i>	15
Juan Ramón Jiménez	<i>Alfonso Reyes</i>	16
Alfonso Reyes	<i>Juan Ramón y los duendes</i>	18
Germán Arciniegas	<i>El segundo don Alfonso el Sabio</i>	20
Jules Romain	<i>Homenaje a Alfonso Reyes</i>	22
Clara E. Lida	<i>Alfonso Reyes y La Casa de España</i>	23
Alfonso Rangel Guerra	<i>Las ideas literarias de Alfonso Reyes</i>	27
Marcel Bataillon	<i>Alfonso Reyes y Francia</i>	30
Alfonso Reyes	<i>Mal de libros</i>	32

El Colegio de México  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
Teléfono 568-6033  
Telex 1777585 COLME  
Cable COLMEX

*Presidente*  
Prof. Mario Ojeda Gómez

*Secretario General*  
Dr. José Luis Reyna

*Coordinador General Académico*  
Mtro. Rafael Segovia

*Secretario Adjunto "A"*  
Lic. Alberto Palma

*Secretario Adjunto "B"*  
Lic. Humberto Dardón

*Jefe de Publicaciones*  
José Antonio Valadez

**Boletín Editorial**

Redacción: Susana González Aktories  
y Ángel Miquel

Diseño: Mónica Díez Martínez  
Formación: Ezequiel de la Rosa  
Tipografía: Inés Segovia

Impresión: Multidiseño Gráfico, S.A.

Algunos de los dibujos que ilustran este *Boletín* son de Elvira Gascón (p. 3), Toño Salazar (p. 13), Alfonso Reyes (pp. 19, 26), Carlos Fuentes (p. 27) y Naranjo (p.31).

\* \* \*

Las publicaciones de las que se tomaron textos e ilustraciones para preparar este número son:  
Alfonso Reyes, *Obras completas*, FCE, México.

Claude Fell, *Ecrits oubliés. Correspondance José Vasconcelos/Alfonso Reyes*, IFAL, México, 1976.

Raúl Rangel Frías, *Secuencia de Reyes. La palabras*, SEP, Monterrey, 1982.

José Angel Rendón (comp.), *Alfonso Reyes. Instrumentos para su estudio*, UANL, Monterrey, 1980.

Paulette Patout, *Alfonso Reyes et la France*, Klincksieck, París, 1978.

Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, El Colegio de México, México, 1988.

Alfonso Rangel Guerra, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, El Colegio de México, México, 1989.

*Alfonso Reyes. Homenaje nacional*, INBA, México, 1981.

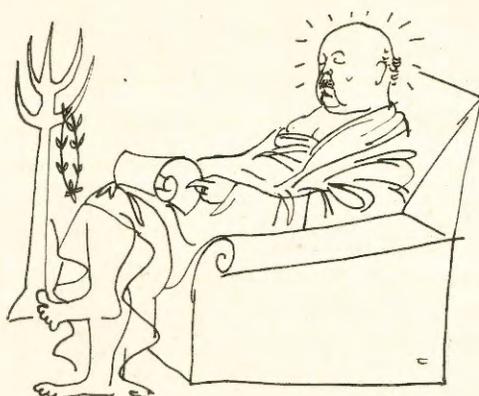
*Digesto sobre Alfonso Reyes*, volante núm. 14 del PEN Club de México, 31 de mayo de 1924.

*Hommage a Alfonso Reyes (1889-1959)*, s.p.i.

*Encuentro con Alfonso Reyes*, correo amistoso de Miguel N. Lira y Crisanto Cuéllar Abaroa, Tlaxcala, 1955.

# Categorías de la lectura

Alfonso Reyes



*Books and the Man I sing.*  
Pope, *Dunciad*, I

**H**ay categorías de la lectura, según que en la representación psicológica del lenguaje domine el orden articulatorio o el visual; según la penetración que la cultura haya alcanzado en los estratos del alma; según los hábitos adquiridos de leer para sí o para los demás, de leer por sí o de escuchar la lectura; según la mayor o menor presteza con que los oídos o los ojos comunican el mensaje al espíritu; según que la bella escritura, la bella edición o la bella voz nos impresionen más o menos por sí mismas, distrayéndonos más o menos del sentido de las palabras; según que seamos impacientes o dóciles, ante la momentánea abdicación de nuestras reacciones personales que significa este unirse al pensamiento ajeno, etcétera.

El hombre rudo, que apenas desbroza el alfabeto, tiende a leer para sí en voz alta, como si quisiera aglutinar los signos más cabalmente, sujetando la atención verbal a la vez con los ojos y con los oídos. El que los modernos retóricos llaman verbo-motor lee en voz alta por el placer de hablar, y hasta cuando escucha a un orador se le ve, a veces, articular en silencio lo que oye. Conozco lectores que se acompañan

con un suave silbido rítmico, al que van imprimiendo cierta modulación imitativa de la lectura en voz alta. Cuando Heiné declama el *Quijote* para los árboles y los pájaros, lo hacía más bien como quien rinde un tributo, o por no perder ninguno de los valores de la excelsa prosa. Cuando Sor Juana Inés de la Cruz se queja de no tener más compañeros que el tintero y la pluma para compartir sus estudios, sin duda echaba de menos esa mayor apelación a la retentiva que resulta de la lectura acompañada y que todos los estudiantes prefieren para la preparación de los exámenes. Mestre Profiat Durán, israelita aragonés del siglo XIV, recomendaba a sus discípulos que leyesen siempre recitando. En cambio Théophile Gautier, visual si los hay, juzga que los libros están hechos para ser vistos y no hablados. Por su parte, Flaubert necesitaba berrear su propia prosa para percatarse de lo que escribía.

El hábito de la lectura en parejas ha dejado testimonios ilustres: Paolo y Francesca, Romeo y Julieta, Abelardo y Eloísa. En la novela de Walter Pater, Mario y Flaviano leían así *El asno de oro*. Y si pasamos de la ficción a la historia, los esposos Browning, tema que aparece en la *Lady Geraldine's Courtships*, de

“Categorías de la lectura” se publicó originalmente en *Sur* (año 2, núm. 6, otoño de 1932) y después fue incluido en el libro *La experiencia literaria* (Losada, 1942) que recoge el tomo XIV de las *Obras completas* de Alfonso Reyes publicadas por el FCE.

Elisabeth; los padres de Leigh Hunt, que así acabaron por enamorarse; Ruskin y su madre; Swinburne y Meredith; Rousseau y su padre; Madame de Sévigné y su hijo Carlos.

Shelley, con o sin auditorio, leía en voz alta. Plinio divertía a sus huéspedes con sus lecturas, y Tomás Moro introdujo en Chelsea el hábito monástico de leer durante las comidas. Alfredo el Grande se hacía leer por sus secretarios siempre que lo permitían los negocios. En la generación del Centenario, practicábamos mucho la lectura en grupo, y en nuestras memorias queda el relato de aquella noche que consagramos al *Symposio*. ¿Hasta qué punto la preferencia de José Vasconcelos para los “libros que leía andando” respondía en él a una equivalencia ambulatoria de la declamación?

Es de creer que en la Antigüedad se leía normalmente en voz alta. Lang observa que el verbo griego para “leer” significa “leer en voz alta”. Todavía San Agustín se asombra de que San Ambrosio leyera para sí: “De leer en voz alta, los que por ventura lo escucharan empezarían a proponerle dudas sobre cualquier pasaje oscuro, obligándole así a explicarlo y a desperdiciar en esto el tiempo de que disponía para leer. O también puede ser que le moviera a ello el cuidado de su voz, que la tenía propensa a quiebras continuas. En fin, cualesquiera fuesen sus razones, buenas habían de ser tratándose de varón tan prudente y sabio” (*Confesiones*, VI, III).

Tras esta evocación venerable, algunas consideraciones menores. El goce de la lectura se define, como todos, por el recuerdo, cómputo definitivo de los bienes acumulados. A esta luz, examinemos las categorías de lectores, entre aficionados y profesionales. Para el profesional sin vocación, la lectura puede llegar a ser una tarea enojosa, como el teatro para el inspector de espectáculos o como para la cortesana las caricias. Erudito conozco que se dispensaba de leer y se recorría todo un libro deslizando sobre las páginas una tarjeta en blanco en busca de las solas mayúsculas; más aún, en busca de la letra A: ¡es que trataba de despojar las citas sobre Ausonio! ¡Habladle a él de la amenidad de la lectura! Aquí, como siempre, el pleno disfrute se lo lleva la vocación. De la cual no excluyo —al contrario— al mero aficionado, este “nuevo rico” del espíritu que suele exprimir muy a fondo los placeres que se le ofrecen. Verdad amarga que el deleite de leer, cuando no hay verdadero amor, disminuye conforme sube la categoría de los lectores.

Veamos:

1° Abajo está el sencillo pueblo. La lectura se le vuelve vida. El caballero encontró a la dama y a sus sirvientas llorando porque “hase muerto Amadís”. En horas robadas, el hombre humilde lee con frui-





ción y se queda con la sustancia, con el asunto y con las mejores palabras: nada más. Puesto a la prueba del recuerdo, sólo ha conservado las esencias. Él no sabe el nombre del libro ni el nombre del autor, caso típico de la impresión humana que aún no llega a la literatura. “¿Has leído —dice— la historia de un paladín a quien se le moría el caballo todos los martes?” ¿Y hay nada más conmovedor que los campesinos iletrados que rodean en religioso silencio al lector del pueblo? ¿Ni templo más noble de la lectura que aquellos talleres donde un hombre lee para cuarenta, mientras éstos, calladamente, plasman las vitolas del tabaco?

2° Aquí aparece el lector de medio pelo, creación paradójica de la enseñanza primaria, cursada obligatoriamente y de mala gana. Ése ya recuerda los títulos de los libros, y aquí comienza a enturbiarse el gusto. A esta clase pertenecen los que andan por los museos viendo, no los cuadros, sino los letreros de los cuadros, cuya supresión llegué a anhelar. A este lector se le han olvidado las peripecias; conserva los hombres, sustituye la posesión por el signo. Ha leído algo que se llama *Las dos ciudades* o *Las minas del Rey Salomón*; y a lo sumo, en su memoria, marca una cruz para indicar lo que le gustó, y una raya para lo que no logró interesarle.

3° Ahora, el semiculto, el pedante con lecturas, el anfibio, el del “complejo de inferioridad”, el más atroz enemigo del prójimo, el que “pudo haber sido y no fue”, el resentido. Ése se acuerda de autores, no de libros. Él ha leído “un Ferrero” muy interesante y —¡claro!— “un Croce” que no lo era tanto. Y que no le hablen a él de Gide donde está Henri Béraud, de Juan Ramón donde está Villacpesa. A veces el cronista profesional se recluta entre esta laya, mediante un leve proceso de especialización. Veinte repúblicas hermanas descargan todos los días sobre la playa del cuitado sus mareas de tinta fresca. Las torres de libros por reseñar llegan hasta el techo. De repente, entra el aficionado, radiantes los ojos, con un librito que le entusiasma y que, en su candor, se empeña en prestarle a su amigo el cronista, para que éste también pase un buen rato. Y el cronista lo mira con un rabioso disimulo de eunuco, condenado a pasar la vida entre hembras que no disfruta.

4° Y al último viene el mal bibliófilo, flor de las culturas manidas; el que sólo aprecia ya en los libros el nombre del editor, la fecha de la impresión, la justificación, el colofón, los datos de la tirada, el formato, la pasta y sus hierros, el ex-libris, la clase del papel, la familia de tipos, etcétera. O acaso sabe el muy pícaro que la edición fue detenida a los tantos ejemplares para corregir una chistosa errata; y entonces

hay que desvivirse en busca de un ejemplar con la errata, que es el bueno. Y por cierto que anda por ahí una Biblia donde al impresor se le escapó una mayúscula adornada con una Leda, palpitante entre las alas del cisne. ¿Qué decía la Biblia en aquel pasaje? Eso no lo hemos leído ni nos importa: lo que nos importa es la mayúscula. Al menos, hay que convenir en que esta clase de maniáticos se salva por su encantadora atención para la materia del libro, pues sin el amor de los objetos se cae prontamente en la barbarie. Gide ha confesado que le estorban para estudiar las ediciones hermosas. Y ya vemos en qué paró: se deshizo un día de sus libros, sin que nada pueda persuadirnos a que lo empujaba la necesidad. No: era la aversión a las cosas placenteras, era la horrible “puerta estrecha”.

Caso singular el de los apresurados que, con serlo, parecen poseer facultades excepcionales de asimilación. Van sobre el libro a las volandas y, sin embargo, no puede negarse que lo lean a fondo. Así Southey, así Napoleón en Santa Elena. De Macaulay se dijo que absorbía los libros por la piel. La leyenda llegó a creer que Menéndez y Pelayo se quedaba con el contenido de una página en un solo vistazo y hasta pasándole los dedos encima. Sterne se indigna contra estos tragones. Charles Lamb aun quiere una oración de gracias y una gradual preparación de ánimo antes de cada lectura. El Dr. Johnson decía que todo lo había leído apresuradamente en su juventud. Boswell piensa que todo lo rumió después lentamente a lo largo de los años. Y hay otros que, por obligación o por gusto, abren a la vez una novela, un periódico, un tratado de química, un ensayo filosófico, una revista de modas, al tiempo que califican varios ejercicios escolares.

A veces se me ocurre que, sin cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados. El anónimo Cardenal a quien cita Disraeli (*Miscelánea*) ha puesto el dedo en el misterio cuando llama al libro de Montaigne “breviario de los ociosos”. Ahora bien, entregarse a esta receptividad absoluta, para no ahuyentar a la Euridice que duerme entre las páginas, es cosa difícil. El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro; medrosa acaso, pronta a desaparecer si se la solicita con cualquier apremio sospechoso. Por eso Sir Walter Raleigh pensaba que, en cada época, sólo hay dos o tres lectores verdaderos (*Cartas*, I, 233).

---

# Alfonso Reyes íntimo

---

Artemio de Valle-Arizpe

---



**L**a mayor parte de sus libros los ha escrito Alfonso Reyes con una terrible pluma fuente a la que le cabe un azumbre de tinta. En otras manos que no sean las de Alfonso, echa acelerados chorros como manguera en funciones, pero él hace que haga finos perfiles caligráficos. Es una pluma centrífuga y ciertos días del año dice papá y mamá. En sus excursiones al campo, la utiliza como *termos* para llevar café con leche. En una noche de tempestad, en Burgos, atrancó con ella la puerta de su posada y en Sigüenza la utilizó para saltar una zanja; siempre que iba a Toledo la llenaba de agua del Tajo, para llevársela a su baño de Madrid. Cejador tiene terror pánico a ese hueco garrote, porque Icaza le hizo olvidar su latín eclesiástico y ya no puede conjurarla, pues dicen que viven dentro de esa pluma dos duendes tremendos, uno mexicano que se llama Julio, y otro francés a quien Alfonso le dice Proust. La tiene Alfonso tan amacstrada que escribe por sí misma lo que él le manda, y si llega a negarse, la amenaza con que la regalará a Bonilla de San Martín, con lo que se vuelve obediente y sumisa. Para muchos de los artículos del *Plano Oblicuo* la tiró Alfonso sobre un montón de cuartillas aconsejándole previamente cosas perversas, y ella sola se soltó escribiendo muy afaosamente, dando de cuando en vez cabriolas de contento, mientras que él se dedicaba tranquilamente a traducir a Chesterton.

\* \* \*

**L**a primera casa que habitó Alfonso en Madrid tenía esta copiosa dirección: 5ª calle de Torrijos número 94, patio 3º escalera 2ª entresuelo B, pasillo 16 derecha, habitación 52. Para un cablegrama estaba que ni mandada hacer. Cuando se cambió a Pardiñas 32, todos sus amigos de México creían que esa dirección no estaba completa y que le faltaban muchas cosas precisas para la exacta comprensión de los carteros madrileños y así fue que muy pocos le escribían esperando que les completara las señas.

\* \* \*

**A**lfonso Reyes es muy aficionado a los gatos; sabe domesticarlos con paciente cariño, engordándolos como felices canónigos. Es frecuente ver en la mesa en que trabaja un enorme gato contemplando con sus redondos ojos verdes el correr de la pluma de Alfonso o entrecerrándolos, adormecido, por el ruidecillo que ella levanta sobre el papel. En los días de frío se le acomoda, según sus enseñanzas, sobre el cuello, tendiéndosele de hombro a hombro, de modo abrigador. Por las noches los deja, eso sí, libres para que se vayan por

los tejados a solazarse en sus alegres gatuperios. Muchas veces ha dejado de escribir un ensayo importante, para ejercer con habilidad los nobles oficios celestinescos, requiriendo gatas jóvenes para que se calmen los maullidos e inquietudes de su Juan Alvarez Gato, de su Pepe Bufa, o bien se ha echado a buscar afanosamente un formidable compañero para los devaneos de su Blanquerna.

\* \* \*

Tiene este nuestro Alfonso una rara facultad de imitación. A la persona que habla con él, aun por la primera vez y aunque sea por pocos instantes, la remeda de modo exacto y chistoso en el tono de la voz y en los ademanes. Pero en lo que se ha especializado es en imitar a los oradores españoles y, principalmente, a las tonadilleras, en sus bailes y cuplés. A muchas las supera con gran ventaja.

\* \* \*

Atravesaba cierta vez una calle de Sevilla y de pronto se le plantó enfrente, muy decidido, uno como chulillo, quien poniéndose las manos en las caderas, se quedó viéndolo despaciosamente de pies a cabeza. Alfonso, amoscado por tan grosera impertinencia, le dijo que qué quería y él, echándose sobre una oreja el sombrero pavelo, le contestó levantando los hombros y abriendo los brazos: ¡Pero ceñó, a crecé! y volviéndole la espalda se fue contoneando calle adelante.

\* \* \*

Asistió Reyes a una corrida de toros, que por cierto era la que se daba en beneficio de la viuda del diestro mexicano Ernesto Pastor, fallecido en Madrid. A Granero, que en esa tarde era uno de los lidiadores, le pasó el toro la aguzada punta del pitón desde la oreja izquierda hasta la sien derecha, cruzándole por toda la frente, con lo que inmediatamente se le cubrió de sangre toda la cara. Alfonso, que durante toda la corrida había estado hablándose de Góngora, se levantó radiante, entusiasmadísimo, viendo cómo la sangre rebrillaba magnífica al sol y corría por la palidez de la cara en rápidas ondulaciones. ¡Maravilloso, soberbio! gritaba. Y cuando se acercó a Granero un torero, para limpiársela, Alfonso, frenético y sacudiendo las manos en alto, empezó a gritar: ¡No se la limpies, idiota, no seas bárbaro, déjasela que corra! ¡Vaya un salvaje, con querer apagar ese espléndido color! Dos espectadores

que estaban a su lado, taurófilos irredentos que aprendieron a deletrear en las crónicas de Peña y Goñy y en las de Sobaquillo, ladearon el busto, sorprendidos y levantando la cara para ver a Reyes que seguía protestando desaforadamente porque se iba a restañar aquella admirable onda de sangre, le dijo uno a otro:

—¿Has visto qué tío más bruto éste?

—Vamos, Venancio, calla, es un tío sayón que me ha electrocutado con sus instintos. ¡Es un Na Bolena vestido de paisano!

Y a poco, por lo que oyeron de Pastor, se enteraron de qué país era Reyes, y dijo uno al otro guiñándole un ojo:

—Anda tú, si es de México este señor sanguinario. ¡Con razón, hombre!

\* \* \*

Iba Reyes a Italia y en Hendaya puso un telegrama para que se le reservara una cama en el carro dormitorio de Burdeos a París. Cuando llegó a Burdeos extrañó ver un inusitado gentío en la estación que diz que esperaba a un gran personaje, así es que con miles de dificultades pudo al fin enterarse de que no le habían separado la cama, sino todo el vagón, pues creyeron en todas las oficinas que el mensaje iba firmado por Alfonso Rey. Le costó un horror de dinero la regia confusión, pero eso sí, lo estaban esperando con gran pompa. Cuando Alfonso (Reyes, no XIII) aclaró el punto, se indignaron hasta el paroxismo los galantes empleados del ferrocarril y de la "Compañía de Coches-camas", al ver terriblemente frustrados sus levitas y sus magníficos uniformes de gala.

\* \* \*

Pedro Henríquez Ureña y yo íbamos a Alcalá de Henares en un inquieto, en un bronco ferrocarril de vía angostísima y al sacar, curioso, la cabeza por una ventanilla, el viento me arrebató el sombrero y se lo llevó, rodando, por los barbechos. Alfonso, quien estaba esperándonos en la estación, discurrió al punto, con esa inventiva que tiene, hacerme un tricornio con la *Corres* para substituir mi sombrero y evitar así que el sol me derritiese los sesos en la vieja Cómpluto. Dios se lo pague y se lo aumente. Pero, claro está, que iba muy bien de esa manera por los hayedos y alamedas antes de entrar a la ciudad; pero ya en ella me quité ese picudo adefesio que Alfonso recogió cuidadoso, porque traía un imprescindible estudio sobre si se debía decir rosalera o rosaleda. Era domingo y las tiendas estaban cerradas. ¿Qué hacer, pues? ¡Nada! So-



meterme con resignación a andar como naturista convencido, con la cabeza al sol, haciéndole vehementes coquetorías a la crisipela.

Cuando fue hora de almorzar, entramos en un hotel sahumado de aceite frito y todo sonoro de zumbidos de moscas y a poco cortaron nuestra plática los gritos de un señor que protestaba, iracundo, manoteando más que molino de viento y que daba sobre la mesa formidables porrazos de energúmeno, por la causa gravísima, trascendental, de que la chuleta que le habían servido estaba algo cruda y no la adornaba sino kilo y cuarto de patatas, cuando él había pedido, y bien claro, que fuese kilo y medio. Ese desafortado sujeto estaba encendido, llameante, echaba chispas por los ojos; con sus gritos, que eran como mugidos de monstruo paleolítico, hacía desprender pedazos de enjarre de las paredes, quería matar a todos los camareros e incendiar después el hotel. Aquello era formidable. Nos tranquilizamos porque al fin le llevaron la chuleta tal y como él la quería, pues se puso a engullirla con afán; pero después de deglutir cada bocado, lanzaba tremebundas protestas porque recordaba aún con rabia, que cuando se la llevaron estaba sancochada y sin desapa-

recer del todo debajo de la montaña de patatas que había pedido su salvaje voracidad.

Acabamos de almorzar muy desagradados por la escena que nos colocó ese bárbaro y al levantarnos de la mesa, Alfonso se fue derecho al sombrero de éste y que ya había visto dónde estaba, y con un valor soberano, inaudito, lo tomó y me lo alargó decidido. A mí me entraron unas como convulsiones al saber quién era el propietario y sin quererlo tomar, ¡cómo lo iba a tomar!, pues si ese salvaje hubiese visto que me llevaba su sombrero, de fijo que me parte en dos el alma, sin ninguna gala y en medio de un escándalo horrible, así es que salí huyendo, despavorido, a la calle; pero Alfonso, hecho un genio del mal, me perseguía, me hostigaba con insistencia con aquel sombrero y yo, al fin, sólo por no desairarlo y aunque en peligro inminente de que me trituraran, lo tomé muy condescendiente; pero nos fuimos, eso sí, a las volandas, a la iglesia de Santa María donde iban a bautizar a un tal Miguel Cervantes Saavedra.

Afirma quien bien lo sabe, que los delincuentes gustan de volver a los lugares donde cometieron su fechoría, y nosotros, para no ser excepción de la regla, volvimos a pasar por enfrente de aquel restorán y ¡ay Dios! estaba aquello que se caía. Dentro retumbaba como un cataclismo, salía hasta humo por las ventanas, y entre aquel estruendo reconocimos con pavor los gritos de nuestro hombre, que estaba hecho una copla andaluza, diciendo de muertes, de puñales, de asesinatos y de cementerios. Nos pusimos con aquello más nerviosos que un bisté de doce centavos. ¡Cualquiera entraba al restorán aquí! ¡Cualquiera! y así fue que en el primer tren salimos de estampía para Guadalajara y por todos lados creíamos oír los pataleos y bufidos de aquel feroz marsupial. Para sosegar el ánimo le dimos a un chico aquel nefando sombrero por su chamagosa gorra, ya muy perforada por el tiempo. ¡Respiramos al fin, caramba! y en otra estación cambalachamos con ventaja esa mugrienta gorra por unas postales que enviamos a nuestros amigos cervantistas de México. (¿Verdad, Alejandro Quijano?) Yo llegué a Madrid con un estornudadero atroz. Todavía oigo, como trueno lejano, el hueco retumbo de la voz de ese hombre, toda rechinante de duras interjecciones, al verse despojado ¡terrible cosa! de su sombrero. Dios nos cuide de su presencia.

\* \* \*

Hacía ya años que no iba a París y se hospedó en el Grand Hotel, cuyo cosmopolitanismo le encantaba. Ahí fue a encontrarlo Genaro Estrada y lo halló muy preocupado, dando vueltas por su habita-

ción.— Mire Genaro, le dijo, tengo la Opera dentro de mi cuarto— y abrió una ventana que caía sobre la magnífica plaza.— Anoche vine a abrir esta puerta y me encontré con que estaba aquí dentro la Opera. ¡Ay, Genaro, estamos en París! Fíjese, ¡en París! Pero déjeme llorar un poco. Y dicho y hecho, se fue a poner la cara contra un rincón, en tanto que Genaro Estrada, con avidez nostálgica, se pegó intensamente a la lectura del "Demócrata", como siempre lleno de sangre y de puñales; pero de tiempo en tiempo sacaba la mirada por encima de la redonda eminencia de sus anteojos, para ver los movimientos espasmódicos de Alfonso, quien seguía dándole fuerte al sollozo. Por fin Genaro le fue a dar, con mucha cortesía, golpecitos en la espalda, diciéndole con acento consolador:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

—¡Ay Genaro, dijo Alfonso, estamos en París!— Y secándose aquél abundante escurrido de lágrimas, y ya enteramente consolado de hallarse en París, agregó: —¡Bueno! Pero vamos a tomar algo que tenga mucha agua, porque hay que reponer las secreciones, pues dice mi amigo el doctor Marañón...

—¿Sí? Pues coma bacalao de Noruega y bébase medio Sena. ¡Repondrá!

\* \* \*

Fuimos en una ocasión a Ávila. Allí, explosivo disgusto de Alfonso, porque las murallas no estaban destruidas como él se imaginó; porque no quería ver a San Segundo, sino a San Primero; porque las piedras de las calles estaban cuidadosamente puestas con la punta para arriba; porque lo persiguió un perro pinto; porque había muchas moscas en la posada; porque la espectral dueña de una fonda en que un canario-flauta, no nos quiso recibir, porque las habitaciones las tenía reservadas para unos cómicos; me hizo una formal reclamación porque no había cigüeñas en las torres; en fin, que fue un puro renegar. Cundo regresamos a Madrid en un tren cuyas ruedas eran sin duda exagonales o cuadradas, pues los carros iban saltando como chivos, quiso Alfonso despachar algo, y dijo que se iba a otro carro. Al llegar a Cercedilla, echó pie a tierra; pero apenas había andado un poco, cuando se puso en rápido movimiento el convoy, con lo que apenas si tuvo tiempo de saltar al estribo de uno de los coches y casi colgado y en una postura inverosímil, pasó puentes tendidos sobre abismos espantables, atravesó por entre estrechos tajos abiertos entre rocas, en las que fue milagro que no haya quedado untado, cruzó largos túneles y salía de ellos cual hórrido carbonero de fábula. Cuando se detuvo el tren y pudo ya entrar al coche, lo hallé todo desencuadrado sobre un asiento,

sin sombrero, pues se lo había llevado al aire de la sierra, deshecho grotescamente el préstamo forzoso del exiguo peinado y diciendo unas cosas formidables que se cuajaban en el aire como granizos. Lo que dice un carretero enfurecido ante la carreta atascada, son unciosas loas a la virgen al lado de lo que echaba Alfonso por aquella boca.

\* \* \*

En Madrid vivían en la misma casa Alfonso Reyes, Chucho Acevedo y Martín Guzmán. Para pasar las largas tardes de los domingos y como andaban muy escasos de dineros, discurrían graciosas maneras de divertir a sus esposas, sin salir de casa. Hacían, por ejemplo, reproducciones al natural de los cuadros de Velázquez. Así para el Felipe IV, Alfonso la hacía de rey, Chucho del fogoso caballo, y Martín, poniéndose atrás de ellos con los brazos cruzados, muy bien peinado, con su mejor traje y con un chaleco vistoso, era el paisaje. Y así las Meninas, las Lanzas, los Borrachos, etc. El Bobo de Coria lo representaba Acevedo con mucha perfección; hacía prodigios Martín interpretando el Menipo y el Esopo; y Alfonso no tenía rival en el Niño de Vallecas, en don Antonio el Inglés, en don Sebastián de Morra y en el Primo, pues desde México llevaba ya muchas condiciones adelantadas para el efecto.

\* \* \*

Gustaban Alfonso y Julio Torri de ir a la calle de la Encarnación, en que había siempre un constante ir y venir de ciegos por la escuela que allí tienen. Iban siempre los ciegos en grupos, cogidos del brazo y tartalendo con sus palos. Alfonso se acercaba al ciego de un extremo, y... Julio al del otro y al oído les decían cierta terrible afirmación, con lo que se sublevaban y, soltándose, se ponían a hacer con sus garrotes rápidos molinetes en el aire, diciendo feroces, tremebundas palabras. Pero Julio y Alfonso ya estaban junto a otra ensarta de ciegos soplándoles al oído el tremendo postulado, que los sulfuraba como a sus compañeros y empezaban también como ellos a tirar garrotazos a diestra y siniestra y de ese grupo se iban a otro y luego a otro y a veces había una formidable colisión entre ciegos, armando un horroroso zipi-zape, hasta que lograban olerse y entonces ya se calmaba la formidable trifulca.

Alfonso y Julio llevaban en una libreta un record de los descalabrados.



\* \* \*

Celebraba la colonia española de Monterrey con un banquete el natalicio de S. M. Alfonso XIII, y lo presidía el General Bernardo Reyes, Gobernador del estado. Ya casi al finalizar la comida, le llevaron el buen aviso de que le acaba de nacer un hijo, por lo que rogó disculparan el que dejara la mesa. Entonces uno de los comensales, a nombre de todos los ahí presentes, pidió al General que al recién nacido le pusiera

por nombre Alfonso, para conmemorar aquel día, a lo que accedió muy gustoso el General. El niño ése es ahora nuestro Alfonso, nacido el 17 de mayo de 1889, día de San Pascual Bailón.

Por eso, cuando va Alfonso a una iglesia y encuentra en ella la imagen de este glorioso santo, le deja a sus pies toda la calderilla que lleva en los bolsillos, pues la moneda de cobre aparte de ser fea, ensucia y pesa mucho.

---

Las dolorosas circunstancias en que se vio involucrada su familia a raíz de la generalización de la revolución maderista determinaron que Alfonso Reyes tuviera que salir de México en agosto de 1913. No volvería al país sino hasta 1924, luego de vivir un año en Francia y diez en España. En 1919-1920 coincidió en Madrid con Artemio de Valle Arizpe, quien tenía un puesto en la legación mexicana. A esta época corresponden las anécdotas aquí reproducidas, que aparecieron por primera vez en un volante del PEN Club mexicano fechado el 31 de mayo de 1924.

## Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes

México, septiembre 16/1920

Tu carta de Deva —25 de agosto— me obliga a separarme bruscamente de la malla de preocupaciones y ocupaciones en que ahora vivo. Desde que estaba en Los Angeles, en febrero si mal no me acuerdo, envié a Pedro [Henríquez Ureña] un manuscrito de mi Prometeo pidiéndole que te lo enseñara y me diera su opinión. Llevaba entonces dos o tres años de no hablar con una gente de razón y había estado escribiendo mucho, sin poder leérselo a nadie, dejando salir nada más lo que me ahogaba dentro. Vine después a México y el Prometeo salió y saldrán próximamente los Estudios Indostánicos, pero nadie se ocupa en serio de ellos. Si no fuese político nadie me leería.

[...] Pedro es mucho más desinteresado, mucho más generoso que Caso, por eso me extraña que también se mantenga en ese estado de desorientación en que no halla qué hacer de su noble vida; de esta vida que es redención y riqueza a cada instante y en todo lugar. Pedro puede salvarse pero necesita sufrir dolores grandes y no simples incomodidades; sólo en la tragedia hay luz; pero yo todavía tengo confianza en Pedro. No me explico su pereza porque él es casto y fuerte y por lo mismo tiene todas las condiciones que son necesarias para hacerse grande. Lo será el día que halle la fe. Ésa es mi conquista, Alfonso, mi única conquista: la única gracia que deseo conservar; hablo de gracia en el sentido cristiano. No soy católico porque no amo la iglesia, pero bien podría yo suscribir todos los dogmas del Concilio de Trento. Y si mañana la Iglesia se vuelve flexible por lo que hace a ciertos dogmas y abraza el socialismo, yo me volveré católico. Todo esto lo siento como un fervor que me hace fuerte y me hace, como tú dices, no necesitar del mundo. Amo la belleza, pero como un camino que conduce a Dios. El Camino: eso es la belleza, y me aparto de los creyentes al pensar que Dios es un ser que no se parece en nada a lo humano. Soy inhumano, no puedo amar lo humano, ni a los otros, ni a mí mismo; todos necesitan ser rehechos; porque todo esto que somos merece piedad pero no amor.

Dices que te sientes a veces como mi hermano menor; yo muchas veces te he sentido hermano mayor; muchas veces te he debido el vislumbre, la luz; menor o mayor, creo en tu hermandad. Probablemente no hay alma que yo sienta más afin de la mía que la tuya, y ahora me lo prueba la emoción que te ha causado mi libro. Tu fluidez y abundancia, todavía un poco indefinidas, un poco desorientadas me hacen el efecto de un Hydin o Haydin [sic] el músico; manejas la sustancia del alma, pero todavía como que no hallas qué hacer con ella. Esto lo digo por lo viejo tuyo pues lo reciente, el Plano Oblicuo, por ej., todavía no lo conozco. Por esto que digo verás que no te creo terrestre y vulgar como supones. Nada de eso, lo que sí sucede es lo que tú mismo afirmas en otra parte y es que todavía posees curiosidad y tienes anhelo de conocer. No hay más que seguir este impulso hasta agotarlo. Yo padecí ese anhelo y devoré muchos libros y pensé y probé muchas cosas. Ahora para mí el mundo no es más goce. Mi cuerpo todavía esclavo puede sufrir y a veces sufre, pero mi alma vive de fiesta. Esto, ya te digo, es la gracia que yo hallé por el triple camino del dolor, el estudio y la belleza. El dolor obliga a meditar; el pensamiento revela la inanidad del mundo y la belleza señala el camino de lo eterno. En los intervalos en que no es posible meditar ni gozar la belleza, es preciso cumplir una obra; una obra terrestre, una obra que prepare el camino para otros y que nos permita seguir a nosotros mismos.

Aquí todo va bien: es muy probable que antes de seis meses te pueda yo ofrecer en serio la Subsecretaría. Me alegro de que la aceptes. Yo sabía bien que tú no desdeñarías trabajar, trabajar en cosas humildes, aun cuando puedes ser un creador de belleza. Así comenzaba a ser Nervo, así van siendo ya nuestros hombres, no como los de antes que se creían con derecho a presumir del estado propio de creador en cuanto hacían una conferencia o un verso. En México hay ahora una corriente tolstoyana. Desgraciadamente la mayor parte de nuestros amigos no la entienden; son otros, generalmente los de abajo, los que procuran cumplirla. Yo sé que tú nos ayudarás mucho.

Diviértete y descansa para que estés preparado. [...]. Es de noche, muy tarde y estoy muy fatigado de largos días de trabajo y audiencias para solicitantes de empleo o proyectos descabellados. Adiós. Saludos cariñosos.

Tuyo, Pepe

## Adiós a Vasconcelos



Hace más de cuarenta años, cuando él andaba por el Sur de los Estados Unidos y yo vivía en Madrid, José Vasconcelos me escribió: “Alfonso, a juzgar por lo que vivimos, sentimos y pensamos, tú y yo moriremos con el corazón reventado”.

La profecía ha comenzado a cumplirse, y creo que se cumplirá hasta el fin. Me llevaba siete años, y se me ha adelantado un poco, eso es todo. Si hubiéramos podido charlar un momento antes, yo le hubiera dicho: “Espérame allá”, y él me hubiera contestado: “Allá te espero”.

La vida nos llevó y nos trajo de un lado a otro. En los días de mayor alejamiento, nos confesábamos siempre secretamente unidos por esa suerte de magnetismo cósmico que hacía hablar a Nietzsche de su “amistad estelar” entre él y Wagner. (*Toutes proportions gardées*. No se intenta aquí engrandecerse por la comparación, sino explicarse con la metáfora.)

A estos inevitables vaivenes de la existencia me he referido, siempre con profundo cariño, en la *Historia documental de mis libros* (Universidad de México, 5 de enero de 1956), donde reiteré la fe en nuestra amistad inquebrantable, palabras que antes de ser publicadas le comuniqué por teléfono y que él acogió con viva emoción. En 1953, al enviarle mi tomo *Obra poética*, le dije en mi dedicatoria: “Nada, ni tú mismo ni nadie, podrá separarnos nunca”. Y me contestó en carta del 7 de enero de ese año: “Te agradezco tu fraternal dedicatoria, con la que estoy completamente de acuerdo, y me agrada conservarla como testimonio de nuestra amistad para mis hijos”.

Pero, sobre todo, poco antes de morir (el mes pasado), envió a la Cadena García Valseca un par de artículos sobre mi último libro, artículos que yo considero como el testamento de nuestra amistad. Allí su generosidad se desborda, y su viejo cariño para el hermano de su juventud rompe los diques.

Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe.

Alfonso Reyes

---

La amistad entre Reyes y Vasconcelos data de principios de siglo, cuando coincidieron en el Ateneo de la Juventud como dos de los principales animadores de la institución que promovió el renacimiento de las humanidades en México. La carta de Vasconcelos de la que aquí presentamos un largo fragmento fue escrita en el momento en que el escritor oaxaqueño era rector de la Universidad, mientras que Reyes se hallaba aún en Madrid. Ambos documentos fueron tomados de la correspondencia entre Reyes y Vasconcelos compilada por Claude Fell y publicada por el IFAL en 1976.

## SALUDO

Vuelve a su patria, después de once años de ausencia. Alfonso Reyes, cuya figura literaria, ya definitivamente resuelta en calidad, en expresión y en la geografía de las letras, ha recibido el unánime fallo aprobatorio y admirativo de todas las falanges literarias de España y de las Américas. Viene de España, en donde diez años de duro, ardiente, orientado trabajar, acrecentáronle sabiduría, acreditándolo hombre de consejo —tan sesudo y sagaz, tan serio y sonriente— y el don poético, que al marcharse era gracia e inteligencia, retorna en gravedad que ha perdido los adornos ingenuos y vistosos de la juventud para acomodarse, quieta y serena —aunque sea por horas fugaces— en el viejo hogar, desnudo el pecho, la mano fuerte, para sentir de cerca los hondos latidos, los únicos, con que la humanidad ha palpitado siempre.

En España —¿habría que añadir que diciendo España se dice Europa y América, desde el punto de vista de la difusión de las letras?— Alfonso Reyes ha tenido dos triunfos muy conocidos e indiscutibles: ha conquistado para él una personalidad que, si pudiera medirse, lo mediríamos diciendo, con ánimo cordial y sin mermar a

## Nuestra opinión sobre Alfonso Reyes

*Daniel Cosío Villegas*

El valor que pueda tener nuestra opinión es el del grupo al que pertenezco, compuesto por personas que no son precisamente profesionales en literatura. Para nosotros la cultura es una necesidad, pero no una especialidad. A ella consagraremos felices la mitad de nuestras vidas. La otra mitad pensamos rellenarla con obras importantes para el país.

Aun cuando Alfonso Reyes no es un escritor *popular*, de todos aquellos que en más o en menos hemos hecho de la lectura un oficio, era conocido. Muy admirado también. Además, era amigo muy querido de amigos nuestros muy queridos.

Sin embargo, deseábamos conocerlo, necesitábamos tratarlo a él en persona. México —país al fin salvaje— se interesa más por el hombre que por la obra, sobre todo cuando se trata —caso Alfonso Reyes— de una magnífica excepción.

Hay en cada hombre verdaderamente grande una parte de hombre puro, de hombría, de cosa fuerte y recia, que se manifiesta en el pensamiento y en la acción. Eso es lo que nos interesa sobre todas las cosas; eso lo que más amamos; esa nuestra angustia; queremos saber si los hombres son hombres, si en los desmayos de la Patria ellos pueden ayudar a darle vida.

Grande era nuestro cariño; grande nuestra esperanza; pequeño nuestro temor; imperceptible la duda, y, sin embargo, como quien busca la perfección en todo, podía más la duda, el temor. Con cuánto placer, pues, reconocemos que Alfonso Reyes “está bien”: afable, sencillo, bondadoso y, sobre todo, con capacidad infinita para amarlo todo: las flores, la gente, las cosas.

Sabemos ya que Alfonso Reyes no sólo es el punto luminoso que alienta, sino que —algún día, angustiados— podemos llamarlo para que nos ayude también con la fuerza de su brazo.

# Salutación al PEN Club de México

Alfonso Reyes

También se encuentran aquí algunos que apenas, o sólo de oídas, me conocen. Para ellos, para los más jóvenes —a quienes va toda mi inquietud, llena de interrogaciones y esperanzas—, yo no soy, precisamente, un recuerdo (aun cuando también lo sea en cierto modo), sino que mi presencia en México es más bien una verificación: quisieran saber a lo que sabe el trato de Alfonso Reyes. Los libros pueden ser engañosos: hay que contrastarlos con su autor responsable. A veces, lo que escribimos es sólo un desquite de la verdadera vida que llevamos. Han oído hablar de mí a los de mi camada, pero quieren convencerse por sí mismos. Quieren deshacer el mito y dar, en suma, con el hombre. Tienen razón.

A large, stylized, hand-drawn signature of 'ALFONSO REYES' in a bold, blocky font. The letters are thick and somewhat irregular, with a slightly distressed or ink-like appearance. The 'A' and 'O's are particularly large and prominent.

El sábado 31 de mayo de 1924, el PEN Club de México ofreció a Alfonso Reyes una comida en el restaurante "El Globo" para celebrar el regreso del escritor al país. Reyes dijo entonces unas emocionadas palabras ("Salutación al PEN Club de México", publicada en la quinta serie de *Simpatías y diferencias*) y varios amigos suyos le respondieron con sendas alocuciones. Entre éstas, tiene gran interés la de Cosío Villegas, casi diez años más joven que Reyes, por tratarse del primer testimonio del encuentro entre estos dos hombres que, en 1939, harían posible la fundación y mantendrían el buen rumbo de La Casa de España, primero, y El Colegio de México después. Reproducimos también un fragmento de la "Salutación..." obviamente dirigido a responder a la intervención de Cosío y, a los lados, el Saludo no firmado con que dio inicio la ceremonia.

nadie un punto de la suya, que lo acredita como un eminente —desde luego el primero de México —hombre de letras, o mejor, para decirlo en otra lengua en donde la expresión adquiere un sentido más universal y exacto, HOMME DE LETTRES, queriendo abarcar en este rótulo el espíritu hondo y ágil, amigo de serias disciplinas, inquieto de curiosidad, domador de estridencias. El otro triunfo es para su México, cuya fama literaria ya tan segura, ha asegurado más todavía, luciendo a cada momento, junto a los productos de su propio numen, la inseparable sugestión de ser un producto de México.

Entre nuestros brazos fraternales hemos esperado los suyos para estrecharlos con egoísta orgullo y sincera emoción. Él, tan conocido ya por sus amigos de México, tan cuidadosamente observado a cada momento por los escritores de la patria, nos trae de nuevo su breve y tan ansiada convivencia entre los suyos. Su voz de consejo, su opinión de experiencia —tan ajenas al pequeño choque del hogar literario— podrá dejarnos, de paso, su acento de concordia, su destello de claridad que ahuyente el culto de la ignorancia intuitiva y su amor por la disciplina constante, indispensable para el aprendizaje del seguro vuelo.



---

# Alfonso Reyes

---

Juan Ramón Jiménez

---

Lo conocí en la plataforma de un tranvía amarillo y morado de "Salamanca", Madrid, que cruzaba la Castellana por la Biblioteca. Subía yo adivinándolo y él me sonreía. Sí, su sonrisa, como luego siempre, en su pisito bajo de General Pardiñas, en su piso principal de Serrano, en el Centro de Estudios Históricos, en la Embajada de México, en mi misma casa, me recibió, fina, tersa, subida a los ojos. Entonces ¿lo recuerdo bien? Alfonso Reyes usaba un bigotillo mejicano lacio y de curva caída que armonizaba con los cálidos ojos pillastres y los hoyitos de la mejilla, fuente de su sonrisa. El hombre breve y lleno era entonces todavía, y me parece que lo seguiré siendo, un niño travieso y ya un insigne veterano, en un joven propio. No dos caras distintas, una al pasado y otra al futuro, cojidas por la nuca como en lo clásico, sino dos en una y en fundición jeneral esférica, jiratoria, presente, con eje en la médula espinal. Doble, triple ser en instinto, sustancia gris, ansia y fomento de la existencia.

Hombre trino y uno Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba,

se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razas por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indijenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

Alfonso Reyes, salvador de todo lo salvable. Buen ejemplo y buena amistad la de este sintetizador de Méjico; dejadores, jenerosos, llevadores de lo mejor y sin necesidad suplicada del recíproco diario; saboreador el amigo ejemplar de la segura verdad expresada o secreta. Y un castillo gracioso dondequiera que se pare, y una tienda de campaña, por si acaso, que lo libre anda fuera del castillo, en la intemperie mayor donde brota la sencilla y más rica verdad. Llega al lugar necesario o gustoso, planta su receptor y su emisor, y a dar y a recibir con entusiasmo. Oídle ahora reír y cantar. (Estuvo serio.) Nos tira por el aire caliente o yerto, fondo de valle, sierra o llano, las flores y las frutas de donde sea, oeste, norte, este, sur, y la demasía, en la encantadora estación que él hace total.

---

Uno de los muchos amigos que hizo Alfonso Reyes durante su larga estancia en Madrid fue Juan Ramón Jiménez. El poeta andaluz dirigía allí la revista *Índice*, y pronto comenzaron a aparecer libros con ese mismo sello editorial, uno de los cuales fue *Visión de Anáhuac* y otro la célebre edición preparada por Reyes del *Polifemo* de Góngora.

Reproducimos aquí "Juan Ramón y los duendes" (1922), ahora contenido en *Los dos caminos* en el tomo IV de las *Obras completas*, y un ensayo aparecido en el periódico *El Nacional* el 27 de noviembre de 1955 con el que Juan Ramón Jiménez contribuía a la celebración del cincuentenario de Reyes como escritor.

---

# Juan Ramón

---

## y los duendes

---

Alfonso Reyes

---

Juan Ramón Jiménez se pasa lo más del día enclaustrado, escribiendo y, sobre todo, corrigiendo lo ya hecho: como él dice, "depurando la Obra". Casi anochecido, sale por la Castellana y se pasa un rato en la librería del Caballero de Gracia, que los aficionados llamamos "Los Alcmancitos". En "Los Alemancitos" se le puede encontrar siempre, husmeando los libros nuevos. Levanta la cabeza —la noble cabeza de Greco— y nos clava esa mirada profunda y seria, negra y azul.

Es pariente espiritual de Góngora. Sus rasgos lo recuerdan. A veces sonrío, pero hay en su sonrisa algo terrible, como una amenaza de mordisco. Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere la soledad de oro. Y es un sacerdote del silencio. Goethe se veía obligado a escribir con lápiz, porque el rasgueo de la pluma interrumpía su recogimiento poético.

Juan Ramón necesita, exige de la vida el más completo y absoluto silencio en torno a su trabajo.

En la calle del Conde de Aranda, donde vivía antes, se compuso un cuartito sordo, acolchado, que le costó mucho dinero y paciencia. Los obreros no le entendían, y él mismo se equivocaba al principio en la elección de los medios.

Comenzó a forrar los muros de corcho. Pero yo, que tenía mis dudas, consulté a un mecánico belga, vecino mío. Y mi vecino me explicó que el corcho interrumpe las vibraciones motrices, pero no las acústicas; que contra los ruidos, lo mejor era el fieltro.

Juan Ramón rehizo la obra, apuró un poco, y al fin dio con una sustancia ensordecedora, especial,

que le trajeron de los Estados Unidos, donde la cosechan para sanatorios de hombres fatigados. El resultado fue fantástico.

—Parece —decía el poeta Moreno Villa— que le arrancan a uno los tímpanos al entrar aquí.

Pero lo peor no era esto, sino que se apagaba del todo la atmósfera sonora, ese ambiente o baño de rumores indefinibles en que vivimos como sumergidos; que se borraba, en fin, el fondo del paisaje —¡pero en cambio, resaltaban, únicos, individuos, inextintos y más discernibles que antes, los ruidos más fuertes, los ruidos esporádicos, acaso los más turbadores de todos! Así, el fonógrafo de al lado, el loro del piso bajo, el pavoroso *chas* que lanzan los muebles de cuando en cuando (oh Machado) y, sobre todo, la pianola de las cubanas de arriba, que todo el día bailaban tangos argentinos con unos tacones matadores...

—Estoy seguro —decía en su exasperación el poeta—, estoy seguro de que usan tacones metálicos.

Al fin, derrotado, decidió mudarse. Pero, como en el cuento alemán, el duende de los ruidos desagradables se escondió en la escombrera del carro de mudanzas y, sacando la cabeza, le dijo:

—Conque nos mudamos, ¿eh?

Y en la nueva morada —una pequeña terraza de una de las calles más amplias y señoriales de Madrid, aquí a poco andar— se oía de cuando en cuando el chirrido del tranvía en la curva y, al anochecer, el grito de la castañera.

Juan Ramón se ha acostumbrado a levantar la pluma y suspender la labor unos segundos, mientras acaba su quejido el tranvía. Y en cuanto a la castañera, afortunadamente ha desaparecido con el buen tiempo, pero llegamos a pensar en pagarle un anuncio luminoso o algo parecido, para que se abstuviera de lanzar su pregón y dejara en paz al poeta.

El otoño pasado, el escritor y diplomático venezolano Pedro-Emilio Coll regresó del veraneo con un extraño mal nervioso: traía mucho ruido en la cabeza. Y el travieso mago del Pombo, Ramón Gómez de la Serna, imaginó un diálogo chusco entre Coll y Jiménez, en que éste acababa por huir, ante el estrépido intracrancano de aquél.

"Azorín", curioseando un día en las ediciones escolares de Hachette, le descubrió un antecedente a Jiménez: resulta, pues, que Lamartine padecía del mismo mal y también había caído en el error del cuarto acolchado, según consta por un grabado de la época. Sólo que Lamartine tenía un cuarto al parecer espacioso, y el de Jiménez era diminuto; aunque daba la ilusión del espacio, y aun del aire libre, un espejo que duplicaba la longitud y reproducía la ventana de la calle.

Juan Ramón ha llegado a soñar en construir un barrio en una plaza apartada, para gente fina, que sepa respetar el trabajo de los demás y adore el silencio como la mejor forma de comunicación entre vecinos.

Y entretanto, se encierra a fabricar sus estrellas, continuamente, incesantemente. Hasta que no le rinde el trabajo y le vuelve la sed de hablar con los pocos amigos que ha sabido escogerse.

—Y ¿qué tal de labor, Jiménez?

—No muy bien: entre ayer y hoy, la dilatación atmosférica del calor ha aumentado de un modo apreciable la intensidad de los ruidos.

Y este hombre severo, superior, grave maestro estético y fiero encabritador del verso, nos aparece de pronto como un San Sebastián barbudo y exangüe, de mirada casi cruel, atado a un árbol y acribillado por las flechitas del ruido.



---

## El segundo

---

# don Alfonso el Sabio

---

*Germán Arciniegas*

---

Si usted pregunta en México por don Alfonso el Sabio, le llevan, al número 122 de la calle Industria. Llama usted a la puerta. Es muy posible que salga a recibirle la mujer de don Alfonso. Una mexicana expansiva, cordial. Parece una campesina sacada de un fresco de Diego Rivera. Entra usted a la biblioteca de don Alfonso, pulida, resplandeciente, inmensa. La casa toda no es sino un inmenso salón que tiene la altura de dos pisos. No ha quedado espacio ni para alcoba, ni para el comedor, ni para la cocina o el baño, que están como en escaparates agregados a la librería. Don Alfonso escribe en un balcón volado entre la estantería. Allí tiene su fichero, abre y elimina la correspondencia, recibe a los amigos, le ofrece a usted una copita de brandy, una tacita de café, un cigarrillo. Él es pequeñito, redondito, radiante y radioactivo. Antes de comenzar su trabajo, abre todas las cartas, las contesta todas con una sonrisa viajera, no deja a nadie sin decirle una palabra cariñosa. Unos minutos después, la tabla de su escritorio se ve limpia como un cristal. Ya no tiene nada por delante distinto del tema del día. Desembarazarse de lo accesorio es en él un ejercicio espiritual, una travesura. Cuando le mira a usted, se le cruzan por la pupila todas las burlas de la picaresca. En esto comienza a diferenciarse del rey de Castilla. El nuevo don Alfonso el Sabio ha gustado demasiado los placeres de Francia, lleva muy adentro la finura de México, se ha divertido tanto con los chistes de Góngora y Quevedo, para venir ahora a hacer el sabio del primer renacimiento medioeval. El de Castilla y el de México son ambos reales. Al de Castilla lo llamamos Alfonso Rey, y al de México Alfonso Reyes. Pero el primero sigue siendo para nosotros,

si no un rey de baraja, al menos de ésos que aparecen miniados en los libros de canto, hechos con oro puro, sobre fondo celeste, y carnes de acuarela. Y el nuevo sabio tiene una piel que por cada poro deja salir un chisguete de ingenio.

Tiene, pues, limpia ya la mesa don Alfonso y comienza a trabajar. Hoy, dice con radiante coquetería, que vengan los griegos. Y empiezan a entrar los héroes y las heroínas y los dioses y las diosas de la Iliada, de la Odisca. Hagamos el Homero, dice don Alfonso, y cierra los ojos. Y empieza a palpar el alma de los hombres, la carne de las mujeres, como el hombre más experto en esta clase de humanidades. Si quieres entender a los griegos tienes que saber todos los caminos secretos del placer. Ser experto en delicias, alado en el ingenio. Cita a Homero y a los poetas menores, acuden a su llamada los historiadores, todos le confían sus versiones maliciosas, sus enredos divinos, sus secretos prohibidos. Entonces don Alfonso escribe. Y rasguñando el papel, ríe la pluma.

Como el de Castilla, el de México es hoy la Suma. Conoce toda la historia y las historias, ha gustado de todos los libros, se ha acercado a la magia. En una hoja escribe sus lecciones literarias, en otra hace poesía. Don Alfonso de Castilla componía música y supo animar los laúdes con sus cantigas. Don Alfonso de Anáhuac levantó en la meseta de México una pirámide en su finísima canción, y quedaron así, mágicamente vestidas, las maravillas geométricas de Teotihuacán.

Ahora celebran en México cincuenta años de vida literaria del segundo don Alfonso el Sabio. Unámonos a la fiesta, y cantémosle unas mañanitas, como las cantaba el rey David.

---

Escritores de muchas nacionalidades se sumaron a la celebración de las bodas de oro de Alfonso Reyes como escritor. Reproducimos la amable colaboración del poeta colombiano Germán Arciniegas, que fue publicada en el suplemento dominical del periódico *El Nacional* el 27 de noviembre de 1955.



---

# Homenaje a

---

## Alfonso Reyes

---

*Jules Romains*

---

**A**lfonso Reyes era un grande y viejo amigo para mí. Lo conocí en España, donde tenía un puesto diplomático, después de terminada la otra guerra. Desde entonces, nunca nos hemos perdido de vista.

Fue en parte debido a él que fui a México, y que me establecí ahí después, con mi mujer, a principios del 42. Pude entonces medir la importancia que tenía dentro de su propio país. Pude también darme cuenta de lo encantador que era en la vida cotidiana.

Cuando intento figurarme cómo eran los verdaderos humanistas —un Erasmo, por ejemplo—, me lo imagino a él. Tenía una perfecta libertad de espíritu, una erudición inagotable, una armonía interior. Tenía además el don de la creación poética.

El pasado de la civilización cantaba con todas sus voces en su memoria. El presente y el futuro a veces lo espantaban o lo indignaban, pero nunca lo desconcertaban. El hombre secular que se perpetuaba en él había visto ya tantas cosas.

Siento profundamente su pérdida. La tierra se vacía poco a poco de los grandes sabios que he conocido, uno de los cuales era él. ¡Ojalá tengan sucesores! Es un voto que hago piadosamente, aunque me parece que los tiempos actuales son más favorables a ciertas formas de locura a los que ni Erasmo ni Alfonso Reyes se hubieran sentido inclinados a elogiar.

Traducción de Claudia Lucotti

---

Reyes escribió en 1944 un artículo para celebrar la aparición de *Les hommes de bonne volonté*, la novela en ¡27 volúmenes! de Jules Romains. Allí decía: "cada vez que pienso en los orígenes de mi trato con este maestro y amigo, evoco un diálogo algo cómico acontecido hace varios lustros en París. Una de esas charlas difíciles de primer encuentro, constantemente interrumpida por los incidentes de nuestras pipas, que no querían encender o se apagaban a las pocas fumadas. Los conocedores saben bien que ese fuego tardío y discolorado es el que a la postre prende mejor. De entonces acá, nuestras pipas arden parejas, como dos pequeños fanales que se contestan" (en *Los trabajos y los días*, vol. IX de las *Obras completas*).

---

# Alfonso Reyes

---

## y La Casa de España

---

Clara E. Lida

---



**E**l encuentro entre Reyes y La Casa fue fundamental para ambos. Para La Casa implicó la adquisición de la persona más adecuada para ocupar el cargo de presidente de su patronato. En efecto, desde el 12 de marzo de 1939, fecha en que se firmó el acuerdo presidencial que designaba a Alfonso Reyes presidente del patronato de La Casa de España en México, hasta su muerte en 1959, el gran escritor encabezó la institución, y luego su sucesora: El Colegio de México, con dedicación, talento y estilo únicos. A su vez, para Reyes, el nombramiento implicó reintegrarse a la vida mexicana en la mejor de las condiciones posibles para su desarrollo como gran figura intelectual y para que diera fruto maduro su vocación de escritor.

La vida de Reyes antes de su incorporación a La Casa de España parece una preparación especialmente orientada a dotarlo de las cualidades más útiles y benéficas a su nuevo cargo de presidente del patronato. Vivió en España de 1914 a 1924. Había salido de México a causa de la desgracia familiar y personal que se abatió sobre él con la trágica muerte de su padre, el general Bernardo Reyes, gran figura de la política nacional mexicana. Fue esto una especie de destierro impuesto por las condiciones del país, que se

debatía en los caóticos inicios de la Revolución. Después de una efímera estancia diplomática en París, el joven Alfonso se trasladó a España, donde vivió como exiliado. Allí sufrió duras escaseces materiales, él, que había nacido en casa adinerada y poderosa, con padre gobernador de un gran estado, Nuevo León, a quien los vaivenes de la política en los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz habían convertido en el posible heredero de la presidencia de la República. Al salir de su país Reyes llevaba también consigo la impronta de su actuación como miembro del Ateneo de la Juventud.

Allí, junto a Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos, había pugnado por renovar la cultura mexicana, sofocada por el positivismo cientificista, y había desarrollado ya dos rasgos que fueron comunes a todos los miembros del Ateneo:

Atención, pues, pero atención vigilante y madura, no patrioter a las cosas de México, y atención jubilosa y entusiasta a los mejores estímulos venidos de fuera.<sup>1</sup>

En España Reyes adquirió, por experiencia propia, la capacidad de comprender lo que implica el exilio. Otro exiliado, Arturo Souto, éste de la guerra civil, lo ve con claridad:

---

Se encuentra ya en librerías *La Casa de España en México*, donde Clara E. Lida historia ejemplarmente el surgimiento, apogeo y transformación (en El Colegio de México) de la institución creada en 1939 para acoger a los intelectuales y artistas españoles del exilio. Aquí ofrecemos a nuestros lectores el capítulo VI de esta obra.

La vivencia que Reyes comparte con sus compañeros españoles es la del exilio [...]. Tanto Reyes como los refugiados españoles se vieron determinados por la fatalidad histórica, por las convulsiones sociopolíticas de México en 1910, de España en 1931, que son, sin lugar a dudas, oleadas diferentes de la misma gran marejada. Reyes fue también un transterrado en Madrid y por eso puede escribir con vivencia cabal de lo que escribe: “¡Ay!, los que viajan por mar y tierra han de tener un corazón hecho a todos los embates de la alegría y el duelo, y un ánimo de renunciamiento de santos. Temen regresar a sus playas y las desean. No encuentran a la vuelta lo que habían dejado a la partida. Ya no saben dónde han quedado la tierra y la casa que soñaban”.<sup>2</sup>

En carne propia, había experimentado también lo aleccionador que puede ser el exilio dadas ciertas condiciones, tanto por parte del sujeto como del entorno. Luis Rius, exiliado también, dijo sobre esto:

Vivió diez años Alfonso Reyes en España, de 1914 a 1924. Al leer sus escritos que expresamente se refieren a ello, ya sea porque de algún tema español se ocupan o porque se refieren a algún escritor peninsular, lo primero que sus palabras van dejando traslucir, aun antes que el asunto mismo que las organiza, es la alentadora integración conseguida por Reyes en la vida española y particularmente madrileña. Alentadora digo porque esa integración la propiciaron el propio Madrid y sus habitantes y también, claro está, porque el integrado en dicha vida tuvo la voluntad y el arte de lograrlo, despojándose de todo prejuicio o pertinaz escrúpulo de extranjería.<sup>3</sup>

A pesar de las dificultades materiales, Reyes apuró con avidez la riquísima vida cultural y artística española de aquellos años. Se incorporó a grandes instituciones de docencia y de investigación, como el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y colaboró activamente en centros no académicos de cultura, como el Ateneo de Madrid, en el que llegó a ser nombrado secretario de la Sección Literaria, la Residencia de Estudiantes, las redacciones de revistas y periódicos, y las tertulias de café, las célebres “peñas” de Madrid. En la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, dirigido entonces por don Ramón Menéndez Pidal, Reyes realizó durante cinco años un aprendizaje metódico y riguroso en la investigación filológica. Allí, él recuerda que estuvo “rodeado de la compañía y consejo de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde, Justo Gómez Ocerín”.<sup>4</sup> Estableció también trato personal y amistad, a veces muy profunda, con filósofos, filólogos, políticos y escritores como Azorín, Ramón del Valle-Inclán, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Díez-Canedo, Moreno Villa; lo mejor, lo más vi-

vo de ese nuevo siglo de oro español. Reyes participó de lleno en la vida intelectual de aquella “España rica de inquietudes y aun de logros culturales”, de aquella España nueva que, en opinión del propio Reyes,

se modelaba, en lo espiritual, por dos extremos. A un lado, la tarea orgánica, institucional, que echó a andar don Francisco Giner de los Ríos y que cristalizó en la Junta para Ampliación de Estudios y todos los centros de ella derivados; alta empresa de educación nacional, cuyo alcance todos los días exploramos sin lograr agotarlo nunca. A otro lado, los francotiradores del Ateneo de Madrid, guerrillas de la inteligencia —según la mejor y más noble enseñanza de la España combativa— que sacudían sin cesar el ambiente, inquietándolo como aquel tábano de Sócrates, para evitar que la ciudad se entregara al fácil marasmo y al contentamiento irresponsable.<sup>5</sup>

En esos años Reyes realizó un aprendizaje fundamental que habría después de aplicar en México como cabeza de La Casa de España, tanto por lo que concierne al aspecto institucional como al personal. Souto afirma que

no hay duda de que los diez años españoles de Reyes son decisivos en su vida, en su obra, pero también lo son, trazados por la misteriosa mano del destino, en la de los refugiados españoles en México y en la reanudación de la cultura española aquí, en América. Aquella década, estos amigos, los ha explicado así ese año terrible de 1937: “Aprendí a quererlos y a comprenderlos en medio de la labor compartida en torno de las mesas de plomo de las imprentas madrileñas. La suerte me ha deparado el alto honor de encarnar para la España nueva, la primera amistad del México nuevo, aunque la más modesta sin duda. Este honor no lo cederé a ninguno”.<sup>6</sup>

Entre 1924 y 1937, Reyes continuó su formación intelectual y vital en Francia, en Argentina y en Brasil, y a sus actividades como hombre de letras sumó las de representante diplomático de México, lo cual permitió cultivar hasta grado exquisito su don de gentes, y continuar preparándose, *avant la lettre*, para encabezar La Casa de España en México. En todas estas andanzas “se vinculó con lo mejor de cada uno de esos mundos”.<sup>7</sup>

A fines del año 37, Reyes se hallaba en Buenos Aires. El 23 de diciembre lo encontramos asistiendo a un homenaje en memoria de Federico García Lorca (amigo y colaborador con él en la revista *Índice*), organizado por la sección Monserrat de los “Amigos de la República Española”, una filial del Centro Republicano Español porteño. La compañía de teatro de Margarita Xirgu interpretó esa noche *Bodas de sangre*, del propio García Lorca, y escenificó después la *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*,



obra de Reyes. Las exhaustivas reseñas del acto coincidieron en señalar que el emotivo homenaje porteño a Lorca se había convertido en “un encendido homenaje al pueblo español en su lucha heroica”.<sup>8</sup>

Tres días después, el 26, varias asociaciones republicanas españolas de Buenos Aires le ofrecieron a Reyes un banquete de tres mil cubiertos, para celebrar la publicación de su libro *Vísperas de España*, y a la vez realizar un homenaje a la conducta internacional de México. Reyes era todavía embajador de México en Argentina, y agradeció el homenaje tanto a nombre propio como a nombre de la nación mexicana.<sup>9</sup>

En 1937 una reducción presupuestal en la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, dejó a don Alfonso sin puesto diplomático a partir del 1° de enero de 1938. Cesante, Reyes regresó a México en febrero, sin duda dispuesto a radicarse aquí definitivamente, ya que —incluso— esa primavera inició la construcción de la que sería su acogedora casa-biblioteca, la llamada “Capilla Alfonsina”. Estos planes cambiaron cuando entre abril y mayo de 1938 el presidente Cárdenas, en vista de las buenas relacio-

nes de Alfonso Reyes en Brasil, se reunió con él y lo nombró para una misión especial en ese país. México descaba romper el bloqueo internacional contra el petróleo mexicano puesto en práctica a raíz de la expropiación del 18 de marzo de 1938. La misión de Reyes al mediar el año, además de proponerse lograr que Brasil comprara cierta cantidad de petróleo, por simbólica que fuera, “tenía —según Cosío Villegas— un gran valor político internacional, pues rompía el bloqueo, y un valor interno, ya que hizo nacer la esperanza de que el país comenzaba a salir de aquel atolladero”.<sup>10</sup>

Reyes cumplió con éxito el encargo presidencial y regresó a México en febrero de 1939, combinando el prestigio del intelectual y del diplomático, a hacerse cargo de La Casa en las mejores circunstancias personales. Cosío, después de notar la ironía de cesar primero a Reyes y luego nombrarlo a una delicada misión diplomática, explica a su manera la razón del nuevo puesto:

Por eso mi General se creyó obligado a pagar el servicio prestado con el nombramiento de Presidente de la Casa de España en México. Esta pequeña historia ilustra la falta de sindéresis con que proceden nuestros gobernantes, y, al mismo tiempo, cómo, a pesar de ella, y de todo, las cosas pueden acabar por salir bien. En efecto, no podía pensarse en otra persona más apropiada que Alfonso: conocía y quería a España; era amigo personal y viejo de varios de los invitados, y se le consideraba como el escritor mexicano más ilustre. Y Alfonso, por su parte, aunque vivía feliz en Río, consideraba desde hacía tiempo que no podía ya sustraerse a la prueba de reintegrarse al país y trabajar en él.<sup>11</sup>

Antonio Alatorre, quien conoció bien a don Alfonso por haber trabajado a su lado muchos años en El Colegio de México, la institución heredera de La Casa, opina sobre el Reyes de aquellos años:

Pocos mexicanos ha habido tan abiertos al mundo, tan interesados por su variedad, tan fascinados por su compleja riqueza, horizontalmente, en la geografía, verticalmente, en la historia, globalmente, en la cultura.

[...] En 1939, al volver de manera definitiva a México don Alfonso traía, no un gran equipaje de bienes materiales (nunca fue hombre rico), pero sí un espléndido bagaje intelectual: el tesoro de su propia vida interior, su visión del mundo, su cordialidad, su estilo, su madurez, en una palabra, el tesoro de la amistad y el respeto de centenares de escritores y figuras públicas de muchos países.

De su años de peregrinación por el mundo trajo a México muchas otras cosas: ideas, salud, armonía, elegancia social e intelectual, aborrecimiento de la sintaxis coja y de la palabrería hueca y pomposa. Pero lo más importante que trajo fue el sentido de libertad de espíritu.<sup>12</sup>

<sup>1</sup> Antonio Alatorre, "Alfonso Reyes y El Colegio de México", *Diálogos*, 2 (marzo-abril, 1970), p. 29.

<sup>2</sup> Arturo Souto, "Reyes y los escritores españoles transterrados en México", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, 1981, pp. 231-232.

<sup>3</sup> Luis Rius, "Alfonso Reyes en Madrid", en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, p. 220.

<sup>4</sup> Prólogo a *Las vísperas de España. Obras completas*, t. II. México, FCE, 1956. Fechado en Buenos Aires, el 14 de abril de 1937.

<sup>5</sup> Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. IV, México, FCE, 1956, p. 404. F. Giner de los Ríos (1839-1915) fue el gran pedagogo y

filósofo krausista que en 1876 fundó la Institución Libre de Enseñanza. Gracias a la labor de la Institución se inició la gran renovación de la cultura española.

<sup>6</sup> Souto, *op. cit.*, p. 230.

<sup>7</sup> Alatorre, *op. cit.*, p. 29.

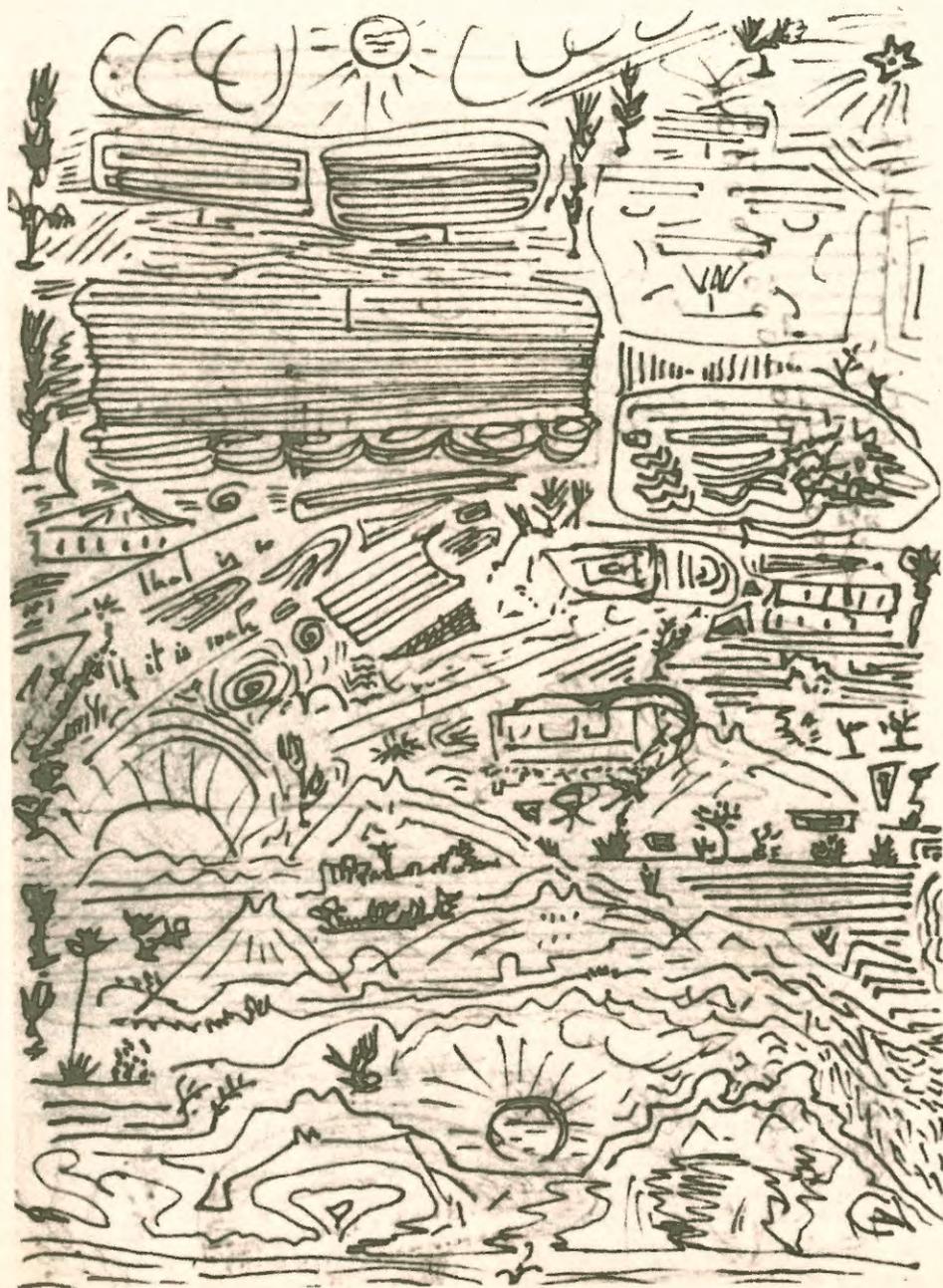
<sup>8</sup> *El Nacional*, 8 de enero de 1938.

<sup>9</sup> *El Nacional*, 14 de enero de 1938.

<sup>10</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Mortiz, 1976, p. 174. Debemos estos datos a la gentileza del profesor Alfonso Rangel Guerra, secretario general de El Colegio de México, estudiosos de Alfonso Reyes.

<sup>11</sup> Cosío, *op. cit.*, p. 174.

<sup>12</sup> Alatorre, *op. cit.*, pp. 28-29.



---

# Las ideas literarias

---

Alfonso Rangel Guerra

---



**E**n enero de 1926, en París donde reside desde principios de noviembre de 1924 con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México, Alfonso Reyes escribe su "Carta a dos amigos", especie de testamento literario en el que, a fin de "poner un poco de orden en los papeles", identifica las partes en que puede clasificarse su obra, la editada y la inédita, y el modo de proceder para su recolección, ordenación y publicación definitivas. Estas páginas continúan y complementan las escritas en México dos años antes. Al final de su "Carta a dos amigos", Alfonso Reyes aclara el propósito de este ordenamiento: lejos de sentirse fatigado o considerar su obra concluida, la intención que lo mueve es desbrozar el camino para atender nuevas inquietudes que ya lo llaman. "Para ganar el pan con la pluma —dice— hay que escribir mucho. De esta época —que siempre puede volver— la mesa se me ha quedado llena de papelititos. Todavía no acabo de limpiarla, y me urge hacerlo para consagrarme a nuevas criaturas. Ya anda su solicitación en mi sangre; ya empiezan a quitarme el sueño." Y a continuación, ya para terminar esta carta, Alfonso Reyes deja una confesión en la que asoma un compromiso para sus tareas futuras: "Una inquietud —desoída siempre— está golpeando con insistencia a mis puertas." Nada dice Reyes que permita identificar esa inquietud, pero del texto se desprende que no era nueva; quizá había ido gestándose con el paso de los años, al tiempo que ese "escribir mucho" daba como resultado múltiples textos dispersos. Si así hubiera sido, la inquietud de Alfonso Reyes pudo haberse generado en la necesi-

dad de aplicar su vocación a una obra más ordenada y con diferente concepción. En las "Respuestas" de 1924 encontramos una declaración en cierto modo relacionada con el punto que nos ocupa. Decía entonces Alfonso Reyes que escribir no es "otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta". Por ello, nada más alejado de Alfonso Reyes que esa concepción de la literatura como mero pasatiempo o como una actividad divorciada de las motivaciones esenciales de la vida. Si en un momento ésta lo llevó a escribir textos dispersos, pareciera que ahora lo llamara a producir obras animadas con un aliento diferente. Es la vida impulsando la obra, pero también es la obra que impulsa la vida. Este doble aspecto o mutua relación de vida y obra se presenta en un escritor como Alfonso Reyes, cuya vocación le confiere esta singular naturaleza en la que su vida se explica por su obra literaria y, a la inversa, ésta por aquélla.

En esta influencia recíproca de vida y obra, las ideas y reflexiones sobre el trabajo literario surgen desde esa posición en la que el escritor se asoma, a un mismo tiempo, al interior de la literatura y a la visión de su propia experiencia, pues en ésta se le descubre la naturaleza del proceso creativo. Al respecto, es interesante acercarse a una breve prosa de 1926, escrita en medio de los compromisos sociales y diplomáticos de París, que le restaban tiempo para su tarea literaria. Se titula "Nuestros gigantescos abuelos", y en ese texto deja un testimonio personal del cambio sufrido en su actitud frente a la literatura: "La primera cena de la familia dispersa tuvo ocasión entre las re-

---

Aunque demorándose en *El Deslinde*, la obra en que Reyes expuso más sistemáticamente su teoría literaria, el profesor Rangel Guerra hace en *Las ideas literarias de Alfonso Reyes* un erudito recorrido por muchos otros caminos, para mostrar al cabo la coherencia existente entre el pensamiento y la vida del gran autor regiomontano. El libro de Alfonso Rangel Guerra, publicado con el sello de El Colegio de México, se encuentra ya en las principales librerías.

jas de unos alejandrinos románticos. Yo era entonces tan joven que me confundía con el fondo del paisaje y creía, a ojos cerrados, en la literatura.” Esta breve confesión nos introduce en la historia personal de Alfonso Reyes como escritor, pues el pasaje se refiere a uno de sus poemas juveniles, escrito en el año de 1911, titulado precisamente “Cena primera de la familia dispersa”, pero también se refiere al propio Alfonso Reyes, autor de aquellos alejandrinos románticos. Escribir un texto como éste supone haber dejado atrás las concepciones pretéritas y haber adoptado una visión diferente de la literatura y de su ejercicio. En el transcurso de los quince años que medían entre la fecha en que escribió aquel poema juvenil y la del texto de París, Reyes modificó su posición: ya no cree —dice— a ojos cerrados en la literatura, si bien es indudable que sigue creyendo en ella, pero de otra manera; es decir, ahora adopta una posición consciente, y por tanto crítica, ante su obra y el acto mismo de creación, como lo prueba esta prosa de 1926 en la que, como en esas fotografías superpuestas, puede identificarse la doble procedencia de la imagen: por una parte el poema, realidad histórica en la obra de Reyes, se convierte en suceso de ficción literaria, y con ese suceso principia el texto; por la otra, la antigua forma de alejandrinos románticos, y lo que se relataba en ellos, queda abandonada para pasar a una prosa de libre imaginación que discurre entre genealogías, remontándose en el tiempo y en la geografía para concluir con una imagen en la que los abuelos (ausentes en el poema de 1911) se convierten en “cordillera sombría, Sierra Madre y cabalgata de cumbres”. Esta prosa, con la singular reflexión sobre el propio trabajo literario, supone al mismo tiempo el tránsito por la vida y por la literatura; y el escritor, lejos de confundirse con el paisaje, emerge de éste con su propio perfil.

Alfonso Reyes, escritor consciente de su vocación literaria y del sentido de su obra, va enriqueciendo su natural índole reflexiva que lo lleva al conocimiento del fenómeno literario. De esta actitud, y de su vivencia de lo poético, proviene sin duda un poema escrito en 1925 en París, un año antes de la prosa sobre los abuelos, dedicado a la poesía:

“Arte poética”

1

Asustadiza gracia del poema:  
flor temerosa, recatada en yema.

2

Y se cierra, como la sensitiva,  
si la llega a tocar la mano viva.

3

—Mano mejor que la mano de Orfeo,  
mano que la presumo y no la creo,

para traer a Eurídice dormida  
hasta la superficie de la vida.

Toda una visión de la poesía contenida en los ocho versos de este parco, bello y medurado poema del ser y el hacer poéticos. Ante este poema, podemos preguntarnos: ¿Por qué Alfonso Reyes no escribió un ensayo en el que desarrollara las ideas sobre el quehacer poético, y optó en cambio por el lenguaje mismo de la poesía para mostrarla en su esencial condición? Para responder la pregunta podríamos utilizar las ideas del propio Reyes sobre las “funciones formales” como procedimientos de ataque de la mente sobre sus objetos, pero entonces nos ubicaríamos en el campo de la creación literaria y quedaría fuera el punto de mayor interés. Quizá ni siquiera se planteó Alfonso Reyes la disyuntiva entre el ensayo y el poema, y escribió éste en un impulso lírico. De todas formas, el haberse ocupado del misterio poético nos revela, una vez más, su inclinación a penetrar en el fenómeno literario y a develar su naturaleza.

También de esos años en París (1926) es otro texto, “Rima Rica”, en el que se ocupa del ritmo poético “como derivación del pulso de la sangre” y del paso o andar humano; pero también habla del compás del caballo, y de ahí pasa a sus recuerdos de la casa paterna donde había dos yeguas normandas, una de las cuales enloqueció y murió. Su locura —dice Reyes dejándose llevar por la imaginación literaria— consistía en hacer versos, pues el animal tejía con las manos un compasillo de dos por cuatro. Y añade después: “Pero ¡con qué sorpresa descubro, entre los dibujos de Jean Cocteau, el retrato de mis yeguas normandas! No podía menos de evocar ideas de rima y ritmo, de pies métricos, de cronometría y compás. En proceso inverso, la idea de las rimas ricas —estas consonantes sobresaturadas— le ha sugerido a Cocteau la imagen de un par de yeguas rechonchas, musculosas y vastas, que van marcando el paso con unas pezuñas consoladoras.” La cita de un poema de Amado Nervo termina el texto con referencias a galopes, caballos y metros de doce sílabas: “*El metro de doce son cuatro donceles, / donceles latinos de rítmica tropa. / Son cuatro hijosdalgo. Con cuatro corceles, / el metro de doce galopa, galopa.*” Aquí, la poesía se desentraña a partir del elemento rítmico del lenguaje; pero el texto en cuestión es sólo una nota, un apunte, recogido al paso de una idea y un recuerdo —procedimiento caro a Alfonso Reyes para la creación literaria—, motivado quizá por la lectura del texto de Cocteau. De todas formas, aquí se mezclan de nuevo determinadas ideas sobre la poesía con la experiencia literaria del propio Alfonso Reyes.

---

# Homenaje a Alfonso Reyes

---

Marcel Bataillon

---



**N**os ha dejado Alfonso Reyes. El fatal desenlace, tantas veces temido, pero que nos habíamos acostumbrado a ver aplazado, agota una fecunda fuente literaria en la lengua española. Podría resultar desmesurado dedicar una nota necrológica al escritor Alfonso Reyes en el *Bulletin Hispanique*, pero lo que sí podemos hacer aquí es recordar los servicios que como obrero y como maestro de obras prestó a estudios que también son los nuestros. Como franceses, seríamos muy ingratos, sin embargo, si no recordáramos que este gran mexicano fue un devoto amigo del Instituto Francés y de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos de Madrid, que patrocinó el nacimiento del Instituto Francés de la América Latina en México y que grande fue su alegría cuando creó el Instituto de Altos Estudios de Latinoamérica en la Universidad de París.

Entre los lamentos que la interrupción de su obra suscita en nosotros destaca vivamente el hecho de que a "Parentalia, Primer libro de recuerdos" (1958) no haya podido agregar otros volúmenes de memorias en los que Reyes hablara de su vida y de su época. Si queremos ordenar un poco la actividad desplegada por el Reyes hispanista tendremos que ayudarnos con nuestros propios recuerdos y con un *curriculum vitae* que publicó el suplemento literario dominical del *Novedades* (Homenaje a A.R., México, 7 de octubre de 1951). Después de cumplir su primera misión oficial en Francia (1913-1914), Alfonso Reyes pasó en España diez años decisivos para él y cuyo ambiente recreó en *Las Vísperas de España* (Buenos Aires, Sur, 1937). Sin perder contacto espiritual con su país y con Latinoamérica (en 1917 se publicaba en San Jo-

sé de Costa Rica su *Visión de Anáhuac*), Reyes se asocia al progreso que el hispanismo erudito está logrando en Madrid gracias al joven Centro de Estudios Históricos de D. Ramón Menéndez Pidal que en aquel entonces se hallaba instalado en el núm. 26 de la Calle Almagro (un palacete), maravillosa pequeña colmena en la que el trabajo era alegría y amistad. A partir de su segundo año, *la Revista de Filología Española* (1915) acoge las primeras investigaciones de Reyes sobre Góngora. En 1917, publica uno de sus más memorables artículos de historiador erudito de las letras españolas, "Un tema de *La vida es sueño*: el Hombre y la Naturaleza en el monólogo de Segismundo". Es en esta época en la que prepara con R. Foulché-Delbosc la edición de las *Obras Completas* de Góngora (3 vols., 1921). Colabora en el diario *El Sol* al que José Ortega y Gasset y sus amigos prestan un alto nivel intelectual. Es uno de los fundadores de *La Pluma*. Esta revista efímera fue importante en su momento. Su ligero suplemento núm. 3, *La sirenita del mar* incluye, entre otras fantasías, una broma pseudo-medieval de Reyes, el "Debate entre el Vino y la Cerveza", alegre trofeo de la danza "scalp" que la estricta filología de "Almagro 26" bailaba, a veces, en torno a la erudición más fácil o menos crítica de Bonilla y Cejardo. En estas escaramuzas, otro mexicano en Madrid, Francisco A. de Icaza, con muchos años encima pero de perenne espíritu joven, se hallaba del mismo lado de su compatriota.

No olvidemos los afortunados trabajos de librería que Alfonso Reyes se vio obligado a desempeñar para equilibrar su presupuesto de diplomático subalterno de un país que se hallaba en plena revolución. Su colaboración (al igual que la de A. Cas-

tro, Solalinde, Justo Ocerin, Moreno Villa, todos ellos miembros del mismo grupo de amigos) fue una suerte para la "Biblioteca Calleja" y para la naciente "Biblioteca Universal Calpe". ¡Cuántos de nosotros gustamos todavía de releer, plena de sus notas de principiante, la edición de Reyes del *Libro del Buen Amor*, o la del *Teatro* de Lope de Vega, la de tal o cual obra de Alarcón, o la del *Poema de mio Cid* con la "Prosificación moderna" de Alfonso Reyes! Lo principal de su producción de hispanista de esta época se halla reunido en los *Capítulos de literatura española*, en las *Cuestiones Gongorinas* la *Cuarto serie de Simpatías y Diferencias* (en lo que a literatura moderna se refiere). Se ha reunido todo de manera más completa aún en los volúmenes, ya publicados, de la monumental edición de las *Obras*.

La primera serie de los "capítulos" (1939) llevaba el sello de La Casa de España en México, 1939. La segunda (1945), con una mayor riqueza de estudios más recientes como "Sabor de Góngora" (1928) y "Lo popular en Góngora" (1938) lleva un pie de imprenta nuevo, hoy famoso, el de El Colegio de México, honrosa realización de A. Reyes. El gran viajero, que después de una carrera de diplomático ha regresado a la patria, se convierte en fundador. Su incesante actividad en favor de la cultura hispánica, que no impide la buena marcha de su trabajo multiforme como ensayista, se desarrolla ahora en tres escenarios principales: la Universidad Nacional Autónoma de México (Seminario de Investigaciones Literarias), el Colegio Nacional, inspirado en el Colegio de Francia, en donde imparte cursos sobre la cultura helénica y, por último, en El Colegio de México, especie de Escuela Práctica de Altos Estudios de filología e historia del que es presidente y fundador. Cuando en México se habla simplemente de "El Colegio" es a esta institución a la que se refieren. Surgió de la conversión (desde 1940-1941) en institución nacional de La Casa de España creada en 1939 por la generosa iniciativa de Reyes y algunos compatriotas suyos para dar albergue intelectual a exiliados españoles de la categoría de Enrique Díez Canedo, José Moreno Villa, León Felipe, María Zambrano, Adolfo Salazar, Juan de la Encina, José Gaos, Agustín Millares. En El Colegio se crearon varios seminarios que tuvieron como modelo los del Centro de "Almagro 26". Reyes, al mismo tiempo que saldaba su deuda de gratitud con España, ayudaba a su propio país enriqueciéndolo con la inapreciable aportación de escritores y eruditos que habían perdido en su país la libertad que sus espíritus necesitaban. Supo, asimismo, hacer que el infortunio de la diáspora provocada por el régimen peronista de Buenos Aires redundara en beneficio y honra de su nación.

Anexó a El Colegio una revista en cuya portada en vez del cactus cirio surgió el magüey. Rebautizada como Nueva, la *Revista de Filología Hispánica* (1947) a la que ya Amado Alonso había asegurado una buena reputación científica, comenzó una nueva carrera. No perdió a su director, que partió a Harvard, pero su redacción se instaló, con Raimundo Lida, en El Colegio de México, en la calle de Pánuco 63. No es éste el lugar apropiado para evocar los méritos de las publicaciones de El Colegio y de la Nueva Revista en particular. Recordemos, sin embargo, que ésta, al igual que la *R.F.E.* fundada en Madrid por Menéndez Pidal, se acompañó de una colección de publicaciones constituida por obras de una alto nivel de calidad. Recordemos, también, la atracción que El Colegio del "Licenciado Reyes", sus grupos de trabajo y sus becas, ejercieron, por los años cincuenta, no solamente en los mexicanos sino en los sudamericanos con vocación literaria y filológica. Toda iniciativa de Reyes redundaba en beneficio de nuestros estudios. De esta época es su ensayo sobre la literatura del México colonial ("Letras de la Nueva España", 1948).

Con motivo de sus sesenta años, en torno a su persona se multiplicaron los testimonios de admiración y de reconocimiento. Fue primero el Fondo de Cultura Económica, la gran editorial nacional entre cuyos fundadores se contaba el propio Reyes, la que le obsequió un elegante cuaderno de versos y prosa compuesto por sus discípulos y amigos más cercanos (4 de mayo de 1949). El "Homenaje de Novedades" (suplemento del 7 de octubre de 1951) celebró su vuelta a la salud después de su tercer infarto. En 1956, con motivo de sus cincuenta años de escritor y profesor, se le hicieron varios homenajes. En Nueva York, aparecía *Alfonso Reyes, Vida y Obra. Bibliografía. Antología*, con sustanciales estudios de Andrés Iduarte y Eugenio Florit ("Hispanic Institute" de la Columbia University; extracto de la *Revista Hispánica Moderna*, julio-octubre de 1956); en México, *El Colegio Nacional a Alfonso Reyes, uno de sus miembros fundadores* (quince artículos de colegas de muy diversas disciplinas) y el *Libro Jubilar de Alfonso Reyes* con la contribución de cuarenta y cuatro admiradores de Europa y América que respondieron al llamado de la Universidad Nacional Autónoma; en Monterrey, ciudad natal de D. Alfonso, fue la Universidad de Nuevo León la encargada de reunir en dos volúmenes las *Páginas sobre Alfonso Reyes* (con una contribución a la bibliografía de los estudios dedicados a D. Alfonso; Monterrey, 1956-1957).

Todas estas muestras de respeto y afecto por el hombre y su obra no son más que el reconocimiento de la constancia con la que había trabajado por

la causa del espíritu, a ese su saber cultivar amistades fieles entre los hombres dedicados a las letras y a la historia literaria. De 1930 a 1937, había enviado desde Río de Janeiro y Buenos Aires su interesante "Monterrey, Correo Literario de Alfonso Reyes" impreso para su amigos dispersos por el mundo. Todavía en 1959 había emprendido la publicación de un más modesto "Boletín" de su querida "Biblioteca Alfonsina" también limitado a una distribución privada. Sus últimos números llevaban como subtítulo "Saludos de Alfonso Reyes a sus amigos". Hay pocos escritores en lengua española que se hayan preocupado tanto como él por conservar en buen orden sus archivos literarios. Nos sirve de consuelo, ahora que ya no se encuentra entre nosotros. Asimismo, vemos con agradecimiento los diez volúmenes, ya publicados, de sus *Obras Completas*, una bella edición realizada por el Fondo de Cultura Económica y que no podría quedarse sin acabar. El autor le consagró muchas horas de cuidado reuniendo juiciosamente todo lo que había dejado disperso a lo largo de los años y, al mismo tiempo, cuidando las citas bibliográficas y los abundantes índices de cada tomo. Después de los tomos IV, VI y VII, especialmente valiosos para los hispanistas profesionales, siguen otros que reunirán los libros de teoría literaria, como por ejemplo, *La experiencia literaria* (1924) y *El Deslinde* (1944), libros capaces de alimentar por sí solos durante mucho tiempo nuestras reflexiones acerca de la literatura en general.

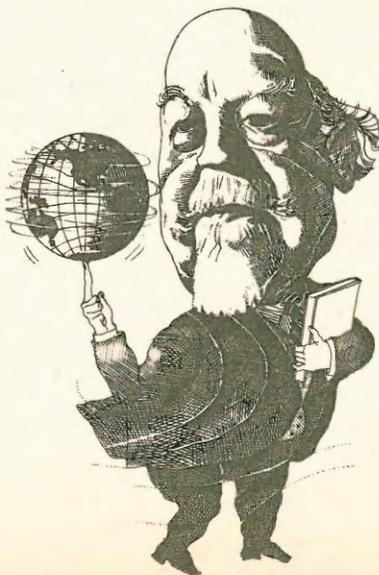
Alfonso Reyes era un ser rico en bondad así como en inteligencia y talento. Quien firma estas lí-

neas había tenido todavía la dicha de asistir, en agosto de 1958, a una de las resurrecciones de este hombre entusiasta, laborioso y sabio. Entonces Reyes ponía en manos de Daniel Cosío Villegas la dirección activa de El Colegio aunque siguió siendo el alma de la institución. Su conversación era como un caluroso y verde chisporroteo que reaviva el recuerdo de amigos comunes y, sin darse cuenta, de todas las conmovedoras atenciones de otros tiempos. Qué mejor para transmitir al lector el encanto de la amistad de Reyes (y también de lo que pierde Francia con su desaparición) que citar unas cuantas líneas de una carta que escribió el 12 de agosto de 1947 y en la que manifestaba su inquietud por el porvenir de nuestro IFAL (era la época en la que la Conferencia de la UNESCO estaba reunida en México):

"Se me ha ocurrido... que si Francia sigue abandonando metódicamente el cultivo de nuestras tradiciones latinas (y así se lo digo hoy al Maestro Paul Rivet) yo me voy a morir pronto de otro ataque cardíaco. Además a México le va a suceder, desprovisto del ambiente connatural de su cultura, lo que a aquel pescadito que un sabio francés enseñó a andar en el suelo y a seguirlo por las calles como un perrito: un día, al cruzar el sabio el Pont Alexandre, el pescadito se cayó al Sena y se ahogó."

"Amigo Bataillon, unan ustedes el frente, los amigos de las Españas de ambos mundos, y no permitan que nuestro amor secular sea defraudado..."

*Traducido por: Carmen Arizmendi*



---

# Mal de libros

---

Alfonso Reyes

---

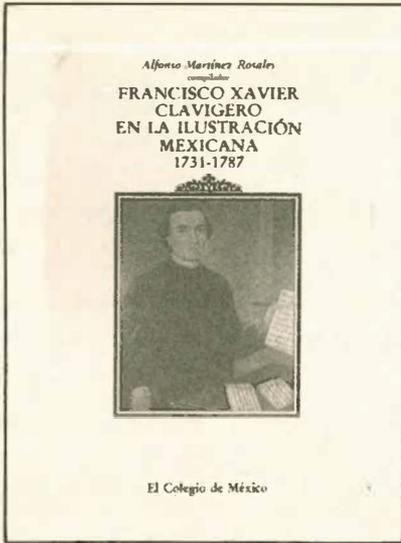
**H**ay mal de libros como hay mal de amores. Quien se entrega a ellos olvida el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Las noches, leyendo, se le pasan de claro en claro y los días de turbio en turbio. Al fin, se le seca el cerebro.

Y menos mal si da en realizar sus lecturas, y el romanticismo acumulado por ellas lo descarga sobre la vida. Pero falta comprender el otro Quijote: la *Historia del ingenioso hidalgo que de tanto leer discurrió escribir*. Leer y escribir se corresponden como el cóncavo y el convexo; el leer llama al escribir, y éste es el mayor y verdadero mal que causan los libros.

Montaigne se quejaba de que haya pocos autores: la mayoría no son sino glosadores de lo ajeno. Schopenhauer lamenta que sean tan escasos los que piensan sobre las cosas mismas: los más piensan en los libros de otros; al escribir, hacen reproducciones; otros, a su vez, reproducen lo que aquéllos han hecho, de modo que en la última copia ya no pueden reconocerse los rasgos del bello Antínoo.

Tales autores, a imitación de la deidad antigua, no pisan el suelo: andan sobre las cabezas de los hombres; que si tocaran la tierra, aprenderían a hablar.

# Novedades



## CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Alfonso Martínez Rosales (comp.)

*Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana (1731—1787)*

1ª ed. 1988, 96 pp.

Este libro reúne una serie de conferencias en torno al tema “Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana”, para honrar la memoria del gran humanista mexicano en el segundo centenario de su muerte, acaecida en 1787. Los títulos y autores de las conferencias son “Clavigero: defensor de los idiomas indígenas frente al desprecio europeo”, Dorothy Tanck de Estrada; “Francisco Xavier Clavigero, S.J.; 1731—1787”, Xavier Cacho, S.J.; “Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana”, Elías Trabulse; “La cultura italo—mexicana de los jesuitas expulsos”, Alfonso Martínez; “Un mexicano en Europa”, Luis González.

Martaelena Negrete

*Relaciones entre la Iglesia y el Estado en México (1930—1940)*

Coed. con la Universidad Iberoamericana  
1ª ed., 1988, 352 pp.

¿Qué actitud tomó el Estado frente a la Iglesia después de contener a los cristeros en la lucha armada? ¿Qué pretendía la Iglesia católica de parte del Estado mexicano en el periodo 1930-1940? La respuesta a estas preguntas constituye el eje de este libro de Martaelena Negrete, que contribuye a elucidar la historia del conflicto entre las dos más influyentes fuerzas de la sociedad mexicana en el periodo considerado.

Aunque la autora se limita a estudiar las relaciones de la parte urbana de la arquidiócesis de México con el gobierno en el Distrito Federal, dejando de lado las diócesis en provincia, allí el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado fue tan significativo que desbordó los límites de la capital del país y tuvo amplias repercusiones a nivel nacional.

El estudio comienza en 1929, fecha en que termina la rebelión cristera y se abre un periodo de “reacomodo” social de la Iglesia y de fortalecimien-

to del Estado, y culmina en el año 1940, cuando sube a la presidencia de la República Manuel Ávila Camacho y se declara públicamente creyente, iniciándose así una nueva etapa en las relaciones entre estas dos fuerzas sociales.

Rodolfo Pastor

*Historia de Centroamérica*

1ª ed., 1988, 272 pp.

Páginas de muchos libros se han llenado con las altas y bajas de nuestras historias nacionales; hemos llenado no pocas estanterías con esos libros. Aun así, no habrá historiador que crea terminado el escrutinio del pasado o que no crea imprescindible el escrutinio del presente.

Ahí se ubica esta historia de Centroamérica. Comienza —como muchas— con los dioses de su antigüedad y cierra —como pocas— con los dioses de su anarquía y su desasosiego. Entre esos dos extremos están comprendidos siglos de azaroso destino, durante los cuales el istmo padeció la conquista y conoció —en sucesión sin interrupciones— la solicitud, el abandono y el acoso de propios y ajenos.

## Novedades



### CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE DESARROLLO URBANO

Mario Bronfman y José Gómez de León (comps.)

*La mortalidad en México: niveles, tendencias y determinantes*

1ª ed., 1988, 472 pp.

Este libro reúne una selección de los trabajos presentados en el seminario sobre "La mortalidad en México: niveles, tendencias y determinantes", llevado a cabo en noviembre de 1984 en El Colegio de México. En ellos se revisan los problemas básicos relacionados con el estudio de la mortalidad: los problemas de la información desde la doble perspectiva de los productores y los usuarios; la evolución histórica de la mortalidad en México, particularmente en este siglo, sus niveles y tendencias; los determinantes y las consecuencias de la mortalidad, y finalmente, los aspectos del proceso salud-enfermedad-muerte en su relación con la estructura productiva y la situación sociopolítica.

También se presenta, a modo de introducción, un panorama de la situación de la mortalidad infantil en América Latina.

### PROGRAMA DE ENERGÉTICOS

Miguel Wionczek, Roberto Gutiérrez y Óscar M. Guzmán

*Posibilidades y limitaciones de la planeación energética en México*

1ª ed., 1988, 596 pp.

En este extenso análisis de la política mexicana en materia de energéticos, se ofrecen pruebas claras de que se han perseguido objetivos diferentes, y a veces contradictorios, en los diversos sectores de los energéticos desde la crisis de estos mismos de hace más de una década. En la primera parte de este libro, los autores participantes dan una visión global del papel del sector de los energéticos dentro de la economía mexicana, y describen las políticas, estrategias de administración y resultados que han caracterizado a cada uno de los sectores de energéticos exceptuando los hidrocarburos e incluyendo la electricidad, la fuerza nuclear, el carbón y la energía geotérmica. En la segunda sección se presta atención a la industria de hidrocarburos, la cual es responsable de casi 90% de la producción energética de México. Los autores estudian los cambios que se han dado en las estrategias y políticas desde 1975 en lo que respecta a la exploración de crudo, la refinación, la distribución a nivel interno, el comercio exterior, las importaciones de tecnologías y la determinación de precios. La última sección consiste en un análisis de la evolución del proceso de planeación energética y reflexiona sobre las futuras perspectivas de las políticas en materia de energéticos, tomando en consideración cuestiones y prioridades económicas, tecnológicas y políticas.



### CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Cynthia Hewitt de Alcántara

*Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*

1ª ed. en inglés 1984; 1ª ed. en español, 1988; 268 pp.

En un *continuum* que va desde el análisis de las corrientes que privilegiaron el estudio etnográfico de la cultura local hasta el estudio de las que muestran una mayor preocupación por el análisis del poder, este libro examina las fronteras o límites paradigmáticos existentes en los estudios antropológicos posevolucionarios del campo mexicano.

En sus páginas veremos expuestas corrientes como el particularismo etnográfico, el funcionalismo, el estructuralismo histórico, la ecología cultural, los marxismos ortodoxo y revisionista, el dependentismo. La gran interrogante es saber si los estudios de la vida rural pudieron, en su transmisión de las imágenes de la realidad observada, ser fieles a las fuerzas que modelan la interacción humana o los modelos teóricos y epistemológicos sobreimpusieron una visión del mundo plasmada de antemano.

En otras palabras, ¿el rechazo a los paradigmas sucede porque no proporcionan un marco adecuado para analizar los hechos sociales o porque estos últimos desbordaron el marco de análisis?

ediciones era

# CUADERNOS POLITICOS



56

**¿POR QUÉ?  
DEMOCRACIA?** FRANCISCO C. WEFFORT  
GUILLERMO O'DONNELL  
PERRY ANDERSON

**EL 6 DE JULIO: PRELUDIO Y POSDATA**  
JUAN MOLINAR HORCASTAS ■ EMILIO KRIEGER

EDICIONES ERA / AVENA 102 ☎ 581 77 44

## ESTUDIOS

filosofía / historia / letras

ITAM

# 15

G. RAULET *Posmodernidad y democracia*

I. DIAZ DE LA SERNA *Poder y paideia*

J. A. CRESPO *Los usos del discurso oficial en México*

F. GIL VILLEGAS *Razón y libertad en la filosofía de Hegel*

C. FRANQUI *América Latina, mito, utopía, realidades*

C. MOUFFE *Críticos del liberalismo norteamericano*

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO

invierno 1988

Suscripción a ESTUDIOS (4 números) México, D.F. \$12,000, Rep. Mexicana \$15,000, Extranjero 30 dls. U.S.A.  
Adjunto cheque o giro bancario a nombre del Instituto Tecnológico Autónomo de México

Nombre: \_\_\_\_\_ Tel.: \_\_\_\_\_

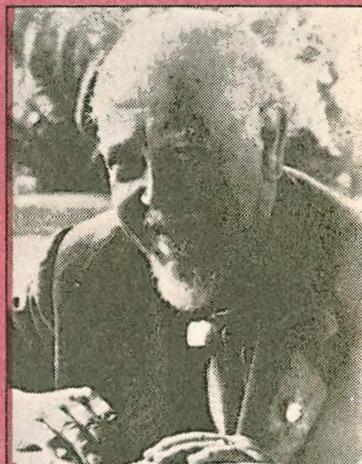
Dirección: \_\_\_\_\_ C.P.: \_\_\_\_\_

Ciudad y Edo.: \_\_\_\_\_ País: \_\_\_\_\_ Fecha: \_\_\_\_\_

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO (ITAM) Departamento Académico de Estudios Generales  
Rio Honda 1 San Ángel 01000 México, D.F.

LA GACETA  
DEL FONDO DE  
CULTURA  
ECONÓMICA  
abril de 1989

ALFONSO  
REYES,  
MAESTRO  
DE  
AMÉRICA



POR: ALATORRE,  
LOAYZA, MARTÍNEZ,  
MERQUIOR,  
TRABULSE, SALAZAR  
BONDY,  
GUTIÉRREZ  
GIRARDOT, ZAVALA,  
ETIEMBLE,  
JAEGER Y OTROS.

De venta en librerías  
de prestigio y en puestos  
de periódicos  
\$ 2 000.00



## Escrito en voz alta

Un acercamiento a las  
investigaciones y  
publicaciones de

### El Colegio de México

lunes a las 21:15 hrs. y  
miércoles a las 17:00 hrs.

**XEEP** Radio Educación,  
1 060 Khz en AM y  
**XEPPM** 6 185 Khz  
en onda corta

## Distribuidores autorizados de El Colegio de México

MÉXICO, ESTADOS UNIDOS,  
CENTROAMÉRICA Y  
AMÉRICA DEL SUR

Harper & Row  
Latinoamericana, S.A.  
de C.V.  
Antonio Caso 142  
Colonia San Rafael  
06460 México, D.F.  
Tel. 5 92 42 77  
Telex 1777235  
Cable HARPEMEX

### ESPAÑA

H. F. Martínez de  
Murguía, S.A.  
Libros  
Valverde 25 y 27  
28004 Madrid, España  
Tel. 2 22 66 34

### FRANCIA

Distribuidora del Libro  
Lationamericano en  
Europa (Maya)  
50 Rue Raspail 93  
93100 Montreuil  
París, Francia  
Tel. 48 59 42 50

### Publicaciones El Colegio de México

*Silvio Zavala*

**El servicio personal de los indios en la Nueva España,  
tomo IV**

*Jean-Pierre Bastian*

**Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911**

*Alfonso Rangel Guerra*

**Las ideas literarias de Alfonso Reyes**

*Fray Francisco Valle*

**Cuaderno de algunas reglas y apuntes sobre el idioma pame  
(edición preparada por Alfonso Martínez Rosales)**

*Gerardo M. Bueno y Lorenzo Meyer (comps)*

**México-Estados Unidos, 1987**

*Peter Anyang' Nyong'o (comp)*

**La política africana y la crisis del desarrollo**

*Luis González Reimann*

**Tiempo cíclico y eras del mundo en la India**

Departamento de Publicaciones  
El Colegio de México

Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F. Teléfono: 568 60 33 exts. 297 y 388